GALERÍA DRAMÁTICA

DE

MANUEL P. DELGADO

COMPRENDE

LAS MEJORES OBRAS DE NUESTROS CLÁSICOS MODERNOS



OFICINAS

CALLE DE COLUMELA, NÚM. 17, PISO PRIMERO

MADRID

LA PASIÓN Y MUERTE DE JESÚS

LA PASIÓN

Y

MUERTE DE JESÚS

DRAMA SACRO-BÍBLICO

EN SEIS JORNADAS Y UN EPÍLOGO

escrito en verso según los Evangelios

POR

D. ENRIQUE PEREZ ESCRICH

M. P. D.

MADRID
IMPRENTA DE LOS SUCESORES DE CUESTA
Calle de la Cava-alta, núm. 5
1898

Á DON FELIPE CALDERÓN

Dicen las sagradas escrituras, que una estrella apareció en el Oriente, y arrancando de su pesado sueño á los Reyes Magos, les condujo su resplandor á la puerta de un establo de Belén. La voz del Angel despertó á los pastores en sus chozas, y éstos y los magnates se hallaron al lado de un lecho á cuyo pie iba á morir el mundo pagano. Un niño hermoso como el sueño del justo, rubio como las espigas de Egipto, se agitaba sonriendo dulcemente sobre un montón de paja; hijo de una Virgen, nacía en un pesebre, y estaba destinado á redimir el mundo. Este recién nacido era el Mesías anunciado por los Profetas.

Los dioses terribles del paganismo Moloc, Tifon, Ahriman, doblaron su ceñuda frente ante Jesús, el Dios hombre, el Dios de la pobreza y la mansedumbre, que, vestido con la túnica del mendigo, buscaba la choza del humilde para vivir con él y enseñarle estas consoladoras palabras: «Bienaventurados los que lloran, porque ellos serán consolados.»

El hombre entonces empezó á sentir en su seno el germen de una nueva vida, y cuando el cansancio le hacía caer bañado en sudor sobre el arado, elevaba los ojos llenos de dulces lágrimas al cielo, y le pedía á Dios fuerzas para esperar el día de la recompensa.

El esclavo sacudiendo su cadena lanzó una mirada estúpida en torno suyo, permaneció con el oido atento, hasta que poco á poco fué animándose su fisonomía, y una sonrisa melancólica jugueteó entre sus gruesos labios. La esperanza había brotado en su corazón por primera vez, y á través de sus rayos divinos vió escritas estas palabras: «Espera, confía.»

Los desgraciados entonces se agruparon en derredor de Jesucristo, pastor de las almas que cruzaba la tierra buscando al afligido para enjugar sus lágrimas y derramar en su angustiado corazón la rica semilla de la la fe cristiana. Allí donde gemia una criatura, allí estaba Jesús para consolarla. Allí donde se lamentaba un enfermo, allí estaba Jesús para devolverle la salud. Sus palabras fueron el copioso manantial de la caridad y del consuelo, en donde la humanidad aplicó su sedienta boca, y mitigando la abrasadora sed que devoraba su pecho, exclamó con entusiasmo: creo en tí, Dios mío, porque entre los innumerables beneficios que tu venida nos trajo, guardaremos uno en nuestra alma eternamente, porque él es el escogido entre los escogidos, es el pan del alma cristiana, la divina antorcha que nos enseña el camino de la gloria, tu santa doctrina, los Evangelios.

Jesús apareció, como el Angel del bien sobre la tierra, en Simaria, en Canaá, en Bathania, en Jerusalén, en Galilea; se vió rodeado de un pueblo que, sediento de amor, derramaba ante su paso flores, y llamándole su Dios, su Rey, le pedia con lágrimas en los ojos que le enseñara su nueva doctrina. Su fama, sus hechos, sus milagros corrieron de boca en boca por todos los ámbitos del mundo, hasta que un dia estas palabras, «todos somos iguales», llegaron á oidos de los Pontífices y Pretores de Jerusalén. Los tiranos se estremecieron en su palacio, y girando en torno sus sangrientos ojos, buscaron al hijo del pueblo que se atrevía á llamarse el Dios de la humildad, Rey de los Fariseos, cuyas palabras empezaban á trastornar el orden de las cosas; le hallaron por fin, le interrogaron, y al oir la santa verdad de su doctrina, retiránronse avergonzados á su palacio, tartamudeando estas palabras: «Con ese hombre la ciencia es impotente. ¿Será el Mesías?»

Desde entonces, en sus sueños, en sus báquicas orgias, hasta en el borde de la humeante copa vieron escritas estas palabras: «el que es más grande de vosotros será vuestro criado».

Calcularon entonces sus fuerzas y la inmensidad

del peligro que les amenazaba, y rugiendo como el huesped de los bosques de Africa, mientras con la una mano se apretaban el corazón, devorado por la conciencia, con la otra firmaban la sentencia á muerte de su Dios.

La tragedia divina tuvo su desenlace.

Cristo subió al Calvario, lanzó el último suspiro en brazos del sagrado leño, descendió desde allí al sepulcro, y al tercer día se elevó al cielo en apoteosis.

Sus lágrimas cayeron sobre el corazón de la humanidad, como gotas de rocío: sus palabras fueron la fuente del consuelo; su sangre la preciosa semilla de la religión cristiana; la cruz, el sagrado signo de la redención, la llave del paraíso.

He aquí el asunto del drama que tengo el honor de dedicar á usted, asunto colosal para mis débiles fuerzas.

La ausencia del talento y del genio han sido reemplazadas por la fe y la laboriosidad, pobres auxiliares para dar cima á una obra, donde la colosal figura de Jesús aparece en primer término.

Dispense usted pues, amigo mío, las torpezas que mi pincel ha cometido al delinear este boceto dramático, y admita usted esta obra, á pesar de lo poco que vale, como una prueba del cariño que le profesa su amigo de corazón

El Autor.

Madrid 12 de Junio de 1856.

ADVERTENCIA

Con el objeto de que este drama se pueda representar en los teatros de tercer orden, á pesar de lo colosal de su aparato, al autor le parece prudente hacer las siguientes observaciones á los señores directores de escena:

Como en un drama de este género es excesivo el número de personajes, se suplica á los directores que al doblar los papeles, procuren que éstos guarden unidad en el caracter, como por ejemplo, un mismo actor podrá hacer Judas, Herodes, Longinos, y el soldado 2.º del epílogo. De este modo se conservan los tipos con más verdad.

El final del primer acto, si pareciese costoso, se suprime, uniéndole en este caso al segundo, y quedando por final la entrada de Jerusalén. Lo mismo podrá hacerse en el final del cuarto, supliendo la decoración del infierno por la de la escena anterior, que es un valle rodeado de colinas.

La música queda á cargo de los directores de orquesta, y si no se quiere aventurar el gasto de los coros, se pondrá en vez de éstos una música análoga á la situación.

A pesar de estas advertencias, todas las partes de maquinaria quedan á cargo del director escenógrafo, el único que en los espectáculos de este género puede engrandecer ó aminorar los gastos que una obra de esta clase exija.

JORNADA PRIMERA

La fuente de Jacob

PERSONAJES

MARÍA.	JUAN.
JESÚS.	SIMÓN EL LEPROSO.
LA SAMARITANA.	FALUEL.
MAGDALENA.	ABDÍAS.
PEDRO.	UN ESCRIBA.
TADEO.	UN FARISEO.
JUDAS.	

UN COJO, UN MANCO, UN CIEGO, MUJERES, NIÑOS, GENTE DEL PUEBLO, APÓSTOLES

ESCENA PRIMERA

JESÚS, JUAN, PEDRO y JUDAS. Salen por la derecha. JESÚS se sienta sobre una roca que habrá al lado de la fuente.

JESÚS. Prolijo el camino fué
y me siento con fatiga;
aire fresco y paz amiga
junto á esta fuente hallaré.
Una oveja sin aliento
vaga perdida mi huella,
y corre veloz ¡ay! de ella
el lobo en su seguimiento:
Yo solícito pastor
pienso al fin que enamorada,
esa oveja extraviada

torne al redil de mi amor.
Vosotros id en buen hora
á la ciudad; yo me quedo
para salvar, si es que puedo,
á una mujer pecadora.

JUDAS. Marchemos, pues, sin cuidados,
que el Maestro nos envía.

PEDRO. Queda con Dios.

JESÚS. Él os guía,
mis discípulos amados. (Vanse).

ESCENA II

JESÚS sentado junto á la fuente. Momento de pausa. LA SAMARITANA por la derecha, con un cántaro.

JESÚS. Dios te dé salud, hermana;
muy grato, en verdad, me fuera
que tú cántaro me diera
de beber, Samaritana.

SAMARIT. ¿Agua á mí? Clamas en vano:
de tu locura me río.
¿Cuándo la sed de un judío
aplacó un samaritano?
Antes que imprima tu boca
en mi cántaro su sello,
en fe de quien soy, lo estrello
contra el pico de esa roca.

JESÚS. ¡Ay! hermana, si supieras
y á ver quién soy alcanzáras,
agua á mi sed no negáras,
antes bien me la pidieras.

SAMARIT. ¿Agua á tí?

JESÚS. De tal virtud,
que ella apaga eternamente
la mundana sed, y es fuente
de perdurable salud.

SAMARIT. Si esas aguas milagrosas
fueran por mí conocidas,
¡cuántas idas y venidas
me evitara fatigosas!

JESÚS. Llama, pues, á tu marido;
á mí volved sin recelo,
que á esa fuente de consuelo,
de amor y paz, os convido.

SAMARIT. Marido yo, no en verdad;
ese yugo no consiento;
suelta vivo, como el viento
es libre mi voluntad.
JESÚS. ¡Bien lo sé! No eres esposa
del hombre que te ha gozado;
y así, fruto del pecado,
es tu vida licenciosa.
SAMARIT. ¿Quién eres, que la expresión
de ese tu mágico acento
despierta el remordimiento
en mi herido corazón?
¿Quién eres, cuya influencia,
cuyo poder sobrehumano,
te deja ver el arcano
de mi agitada conciencia?
JESÚS. Ya el cielo, compadecido,
lavó tus culpas impías;
oye... yo soy el Mesías,
el Mesías prometido.
SAMARIT. ¡Yo ante Dios, que en mi locura
tantas veces ofendí!
No sé si tiemblo ¡ay de mí!
de terror ó de ventura.
¡Oh! ¿Qué venda me ha cegado
que así te he desconocido?
¿Por qué, si agua me has pedido,
impía te la he negado?
Pero mírame, Señor;
mírame ya arrepentida,
que á la fuente de la vida
llego sedienta de amor.
Y, pues, tú de caridad
eres fecundo tesoro,
¡bendíceme! ¡Yo lo imploro
de tu divina piedad! (Se arrodilla.)
JESÚS. ¡Mujer, pues tu contrición
sincera fué, pura y santa,
yo te perdono, levanta,
ya tienes mi bendición!
SAMARIT. ¿Qué es esto que por mí pasa?
¿Qué ser en mí se fecunda
que santo placer me inunda
y de puro amor me abrasa?
JESÚS. Es la fe, que ha iluminado
el fondo de tu conciencia.
SAMARIT. Señor, con mi penitencia

yo lavaré mi pecado.
(*Cae arrodillada. Jesús levanta las manos al cielo.*)

Mutación.—Calle corta.

ESCENA III

UN ESCRIBA, UN FARISEO. *Por la derecha.*

FARISEO. Roboán, por más que á Jesús
por Profeta tenga el pueblo,
la verdad, si he de ser franco,
en sus milagros no creo.
ESCRIBA. ¿Tú no le has visto?
FARISEO. Jamás;
y ardo ya en vivos deseos
de conocerle; me han dicho
que la vista tornó á un ciego,
y que á su voz, en las tumbas,
recobran vida los muertos.
A esas patrañas, tan sólo
la plebe puede dar crédito.
Los hombres como nosotros,
que en la ciencia encanecieron,
deben juzgar con más calma
asuntos de tanto peso.
ESCRIBA. Yo sólo sabré decirte,
que hay tal verdad en su acento,
tal dulzura en sus miradas,
y es su semblante tan bello,
que cuantas veces hablarle
para confundirle intento,
no sé qué hay en sus palabras
que me confundo y me pierdo.
FARISEO. No me extraña; tú eres débil,
y Jesús es hombre enérgico.
¿El en la resurrección
cree, según me dijeron?
ESCRIBA. Así es.
FARISEO Pues confundirle
ante tu presencia espero.
Yo tengo ciertas preguntas
reservadas, que el más diestro,
no siendo un Profeta, cae
en mis redes sin remedio.

Vamos á buscarle.

ESCRIBA. Tente.
Aquí esperarle podemos,
pues por aquí ha de pasar
para encaminarse al templo.

ESCENA IV

DICHOS, UN COJO, UN CIEGO y UN MANCO.

UNO. ¿Y tú crees, buen Elías,
que sanarán nuestros cuerpos?

OTRO. ¿Y crees tú que la vista
me dará?

OTRO. Yo así lo espero,
que es infinito el poder
de Jesús; pero os advierto
que él lee en los corazones.
Si la fe no halla en los vuestros,
nada alcanzaréis.

ESCRIBA. Roboán,
que no lo logréis me temo.

OTRO. Ved, ya llega.

FARISEO. Aquí apartados,
á ese Profeta observemos.

ESCENA V

DICHOS, JESÚS, los APÓSTOLES y GENTE DEL PUEBLO

JESÚS. Si queréis, hijos amados,
hallar en la gloria asiento,
ejerced la caridad,
que es el camino más recto.
No guardéis para mañana
lo que hace falta al hambriento;
el plato que más os guste
dad al pobre; y vuestros cuerpos
no temáis dejar desnudos
para vestir el ajeno.
Si vuestras haciendas pueden
al prójimo dar remedio,
dárselas, que con usura
os pagarán en el cielo.

FARISEO. Si mis bienes doy al pobre,
¿qué comeré?
(Pausa: Jesús le mira con ojos compasivos.)

JESÚS. Fariseo,
mi padre, tu Dios, no olvida
ni el más despreciable insecto;
¿cómo ha de olvidarte á tí
que á hechura suya te ha hecho?
Mira al águila, en su nido
sólo guarda sus hijuelos.

UNO. Bueno, Maestro.

JESÚS. (Interrumpiéndole.) Sólo á Dios
se le debe llamar bueno.
¿Qué me pides? (Con amor y dulzura.)

UNO. La salud,
que es el mejor don del cielo.

JESÚS. Si tenéis fe como á un grano
de mostaza, yo os prometo
que á un monte le diréis, cae,
y caerá.

LOS TRES. (Arrodillándose á sus pies.)
La tenemos.

JESÚS. Pues corred, y en la piscina
hijos, lavad vuestros cuerpos.
(Vanse los tres.)
Dadle la salud, Señor,
pues que la fe va con ellos.
(Jesús acaricia á los niños que le rodean, mientras habla el Fariseo con los Apóstoles.)

FARISEO. (A los Apóstoles.)
Decidnos, siendo de Dios
el hijo, vuestro Maestro,
¿por qué con los pecadores
come, y los alcabaleros?
(Jesús se vuelve, y les dice con dignidad.)

JESÚS. Porque no bajé á la tierra
á redimir á los buenos,
que no necesita el sano
el auxilio de los médicos.

ESCRIBA. Sin hablarle te responde.

FARISEO. Yo probaré otro argumento.
La resurrección me han dicho
que predicas de los muertos.

JESÚS. Sí; algún día sus tumbas
dejarán los esqueletos.

FARISEO. Respóndeme, pues, profeta:
una mujer de este pueblo

ha tenido seis maridos;
pues todos los seis murieron:
¿cuál será si resucitan
el elegido de entre ellos?

JESÚS. Ninguno; que entonces, todos
serán ángeles del cielo.

FARISEO. ¿Y quién eres tú, que así
vas embaucando al pueblo?

JESÚS. Yo soy la vid verdadera,
y vosotros el sarmiento;
por eso sin mí, jamás
nadie daréis fruto bueno.

FARISEO. Calla, calla; ¿quién te dió
para hablar así el derecho?

JESÚS. Si á mi pregunta contestas,
te contestaré al momento.
¿Dime, el bautizo de Juan,
era del hombre, ó del cielo?

FARISEO. (Si decimos que del hombre,
nos va á apededrear el pueblo:
si del cielo, nos dirán:
¿por qué entonces le habéis muerto?)

TODOS. Que respondan, que respondan.

OTROS. Sí, sí.

FARISEO. (Confundido.) No lo sé, maestro.

JESÚS. Entonces, ¿por qué me tientas,
infelice Fariseo?

TODOS. ¡Fuera! ¡fuera!

UNO. A Caifás
demos parte.

(Vánse algunos, y otros les amenazan. Jesús se interpone.)

JESÚS. Deteneos:
sólo merecen los malos
la compasión de los buenos.
Judas, dirás á Simón
que esta noche cenar quiero
en su casa, porque allí
presa de dolor acerbo,
una oveja escarriada
en mí buscará consuelo.

JUDAS. Voy á servirte. (Y él manda
como si me diera sueldo.)

JESÚS. Y vosotros, hijos míos,
dejadme ya, yo os lo ruego,
tened fe, vivid en mí,
sembrad el bien sin doleros;

si mis palabras no os bastan,
si olvidado habéis mis hechos,
en la piscina hallaréis
curados ya á los tres viejos.
(Vase el pueblo.)
Ahora, discípulos míos,
si os place, vamos al templo. (Vanse.)

Mutación.—Casa de Simón, leproso

ESCENA VI

SIMÓN, FALUEL, ABDÍAS. Al fondo la mesa servida y rodeada de taburetes.

FALUEL. Dínos, Simón amigo, que ya es hora,
¿á qué fin se dirige esta llamada?
ABDÍAS. El gozo que en tu rostro verse dijo,
sin duda, algo de nuevo nos prepara.
SIMÓN. ¿Conocéis á Jesús el Nazareno?
decid, amigos.
FALUEL. ¡Bah! pregunta extraña;
¿quién no sabe su vida portentosa?
Milagros nacen do fijó su planta.
SIMÓN. Pues bien, interesando vivamente
mi corazón sus hechos y su fama,
pedíle humilde que mi pobre choza
hoy su presencia divinal honrara.
ABDÍAS. ¿Y bien?...
SIMÓN. Viene, sí; su cortesía
y su amable ternura es extremada.
Hay en su rostro angelical escrito
una dulce expresión que arroba el alma;
quiero haceros partícipes, amigos,
de la dicha que espera hoy á mi casa.
FALUEL. Ansío por momentos conocerle;
sucesos cuentan de él que á mí me espantan.
SIMÓN. Muy pronto le veréis.
ABDÍAS. Yo te agradezco
tanto favor.
FALUEL. Simón, sin duda llama.
SIMÓN. Él es. ¡Oh, dulce instante! Abridle pronto.

ESCENA VII

DICHOS, JESUS, JUAN, PEDRO y JUDAS

JESÚS. La paz de Dios, Simón, entre en tu casa.
SIMÓN. Bien venido, Señor, pues tu presencia
hoy en mi choza paz y amor derrama.
JESÚS. Dios prospere tu dicha, buen amigo;
caiga del cielo sobre tí la gracia.
ABDÍAS. Permítenos, Señor, que nuestros labios
se estampen con amor en esas plantas.
JESUS. No; venid á mis brazos, porque en ellos
nunca consuelo al desvalido falta.
SIMÓN. Sentémonos, pues, ya, si es que así os place.
Tú aquí, Jesús querido.
JESUS. Con el alma
te agradezco, Simón, la preferencia.
SIMÓN. Colocáos vosotros.
JUAN. Bondad tanta,
afecto tan cordial, nos honra mucho.
SIMÓN. Mi mesa con vosotros se ve honrada.
(Se sientan.)
MAGDAL. (Dentro, cantando. Se oye una canción lastimosa fuera en la escena.)
Cual cierva herida que sedienta corre
buscando arroyo do curar su llaga,
vuelo yo hacia una fuente de ventura;
pequé, mucho pequé, me duele el alma.
ABDÍAS. ¿De quién es ese acento dolorido?
SIMÓN. ¿Quién de esa suerte turba nuestra calma?

ESCENA VIII

DICHOS, MAGDALENA, con una copa en la mano.

MAGDAL. (Entrando.)
¡Señor, yo ofendí al cielo pecadora;
con fe perdón imploro hoy á tus plantas!
Mi llanto rieguen esos pies divinos,
y él de mi vida lavará las manchas.
Yo enjugarlos sabré con mis cabellos,
que un tiempo fueron de mi orgullo gala.

(*Se arrodilla y derrama á los pies de Jesús el ungüento de la copa.*)

SIMON. ¿Tú que dices, Faluel, qué dices de esto?
FALUEL. Que me admira en verdad.
SIMÓN. Y á mí me pasma.
MAGDAL. Tus plantas ungirán estos ungüentos,
en que loca mi dicha antes cifraba.
JUDAS. (Gasto inútil; mejor sin duda alguna
en los míseros pobres se empleara.)
JESÚS. ¡Judas...! ¡Judas! La acción de Magdalena
á los ojos del cielo será grata.
SIMÓN. ¡A los pies de Jesús una ramera!
¡Y él lo consiente, y él no la rechaza!
JESÚS. Y tú, Simón, y tú no más murmures
de esta pobre mujer.
SIMÓN. ¡Yo...!
JESÚS. ¡Calla, calla!
Magdalena pecó, mas ya lo llora
y borra sus pecados con sus lágrimas.
Si arrepentida ante mis pies se postra,
grande será el perdón: mujer, levanta;
el cielo te ha escuchado; ya tu frente
con mi mano dejé purificada.
MAGDAL. ¡Señor! ¡Jesús magnánimo! No puedo
mi júbilo expresarte con palabras.
Deja, deja, Señor, que una y mil veces
tus pies bese mi boca enamorada.
JESÚS. Corre, mujer, en busca de mi Madre,
y arrepentida vive en su compaña;
y allí hallarás la paz.
MAGDAL. Deja, Dios mío,
que por última vez bese tus plantas.
Desde hoy la penitencia, de mi cuerpo
que lave espero las hediondas manchas.
Yo te juro, Señor, que al cielo santo
limpia algún día subirá mi alma.

(*Vase por la izquierda.*)

JESÚS. Ahora comed, amigos; pero antes
mi bendición sobre la mesa caiga.

(*Todos se levantan. Jesús bendice la mesa; mientras dura la ceremonia se oye una música religiosa. Luego se sientan, y poco á poco cae el telón de calle corta.*)

Mutación.—Calle corta

ESCENA IX

MAGDALENA

MAGDAL. (Sale por la izquierda.)
Desolada el alma mía
necesita de reposo,
y pues el seno amoroso
abre á los tristes María,
yo en su presencia de hinojos
he de esperar que me absuelva
de mis culpas, y que vuelva
compasiva á mí sus ojos.
Mas no cuadra á la humildad
de un fiel arrepentimiento,
estas galas en que ostento
mi pasada veleidad.
(Se quita los brazaletes y la diadema, y á su tiempo las arroja.)
Galas que fuísteis un día
ornato de mi hermosura,
cuando yo ciega corría
á mi loca desventura;
vosotras que el frenesí
alcanzásteis de mi antojo,
ya no os quiero, y os arrojo
lejos, bien lejos de mí. (Las tira.)
¡Ay! Ya siento el alma mía
con las fuerzas necesarias
para elevar mis plegarias
á la celeste María.
(Llama á una puerta que habrá á la derecha, y aparece María á la ventana.)

ESCENA X

MARÍA y MAGDALENA

MARÍA. (En la ventana.)
¿Quién así llama á mi puerta?
MAGDAL. Una afligida que implora.
Abrela, dulce Señora.

MARÍA. Siempre al triste estuvo abierta.
(Baja y abre, quedándose al dintel de la puerta.)
MAGDAL. María, huyendo del mundo
busco en tí paz y bonanza;
en tí cifro mi esperanza,
en tí mi alegría fundo. (Se arrodilla.)
MARÍA. Levanta, ven á mis brazos
y mi seno estrecha, ven:
paz y consuelo te den
mis venturosos abrazos.
Morada de la abstinencia
es esta casa, entra y llora.
MAGDAL. En ella busco, Señora,
penitencia, penitencia.
(Entran las dos en la casa de María.)

Mutación

ESCENA XI

Al fondo el mar. A la orilla, que estará lo más cerca posible del proscenio, una barca donde estarán LOS APÓSTOLES. JESÚS á la derecha, sentado en una piedra. Le cercan una multitud de niños; mujeres y gente del pueblo. El mar estará tranquilo, el cielo claro; pero conforme vaya concluyendo esta escena, irá creciendo la tempestad.

JESÚS. Amáos como hermanos; en el pecho
nunca daréis á la codicia entrada:
dichoso aquel que, del que llora, enjuga
con amorosa compasión las lágrimas,
y con abrazo fraternal recibe
al pobre humilde que á sus puertas llama.
Más ¡ay de aquel que de riqueza hambriento
con avaricia sus tesoros guarda,
y ve al mendigo que á su puerta gime
y de él los ojos con desprecio aparta!
(A los Apóstoles.)
Y vosotros, oid, caros discípulos,
y jamás olvidéis estas palabras:
si tenéis un denario en vuestra bolsa
y fuera ya la noche muy entrada
dádselo al pobre que primero halláreis,
no lo guardéis jamás para mañana.
No tengáis ni viático ni manto,

porque á los pobres lo que os sobra, falta.
Cuando la sed y el hambre os acongojen,
llamaréis á la puerta más cercana,
y diréis al entrar: ¡Dios os bendiga,
caritativo dueño de esta casa!
Si os acoge, por Dios será bendito;
mas si la puerta cierra y os rechaza,
más fuego que en Sodoma y en Gomorra
caerá sobre su pecho.

(Jesús apoya la frente entre sus manos: los Apóstoles hablan entre ellos.)

PEDRO. Sus parábolas
me asombran, Timoteo.

TIMOTEO. Pedro, amigo,
lo que dice Jesús ¿á quién no pasma?

JUDAS. Si es cierto lo que augura, ¿quién entonces
podrá salvarse?

JESÚS. (Me causan lástima;
perdónales, Señor. Si hoy en sus pechos
la fe y la duda sin cesar batallan,
en cambio siguen con amor mis pasos
como humildes ovejas, y mañana
la esencia suya que mis labios vierten
hondas raíces echará en sus almas.)

(Jesús vuelve á apoyar la frente en las manos. La tempestad empieza. La barca de los Apóstoles va retirándose insensiblemente hacia el foro.)

JUDAS. Yo dudo y me confundo. ¿Si es el hijo
de ese Dios eternal, cómo no se alza
sobre todos los reyes de la tierra,
puesto que el pueblo por su rey le aclama?

JESÚS. (Eleva los ojos al cielo.)
Padre, Dios y Señor, tu enojo veo,
porque la duda entre sus labios vaga;
ya que te place castigarlos sea.
Pero dame un destello de tu gracia,
y humilde acoge en tu piadoso seno
á esas pobres ovejas descarriadas.

(La barca de los Apóstoles estará en lontananza. La tempestad rompe con todas sus fuerzas. Los Apóstoles tienden las manos suplicando á Jesús. El pueblo se apiña en torno de él; el rayo cruza; el estampido del trueno crece; el mar eleva cada vez más sus olas.)

CORO DE APÓSTOLES

De tu poder, Dios Santo,
el labio blasfemó;
nuestro delito olvida;
perdón, perdón, perdón.

(Jesús baja de la peña, anda sobre las aguas, y llegando al barco de los Apóstoles, lo empuja con el dedo, conduciéndole hasta la orilla. Cesa la tempestad. El sol ilumina la escena. De modo que al llegar la barca á la orilla todo ha vuelto á la pasada calma. Los Apóstoles saltan en tierra y se arrodillan á los pies de Jesús. La gente del pneblo hace lo mismo.)

CORO GENERAL

(Todos se arrodillan alrededor de Jesús. Éste eleva las manos al cielo.)

¡Míranos, Dios piadoso,
postrados á tus pies!
¡Hossana al Dios del cielo!
¡Hossana á nuestro Rey!

FIN DE LA JORNADA PRIMERA

JORNADA SEGUNDA

El templo de Salomón.

PERSONAJES

Jesús.
María.
Magdalena.
La mujer adúltera.
Pedro.
Juan.
Judas.
Rabino 1.°
Rabino 2.°
Un anciano.
Un joven.
Escribas 1.°, 2.° y 3.°

Hombres 1.° y 2.°, mujeres, niños, soldados, gente del pueblo, etc.

ESCENA PRIMERA

Jesús, escribas, fariseos, pueblo. Jesús aparece en las últimas gradas del templo; alrededor de él una porción de niños, mujeres, etc.

Jesús. ¡La fe es la antorcha que á la gloria guía!
Ella os dará felicidad eterna.
Los que, á través del árido desierto
y de azares sin fin, seguís mi huella,
¡esperad! ¡esperad! mi Eterno Padre
en el cielo os dará la recompensa.
Mas ¡ay de aquel que ingrato y orgulloso
á la divina luz los ojos cierra!
Venid á mí, los que en dolor sumidos
cruzáis del mundo la espinosa senda;
venid los fatigados, que en mi seno
descanso encontrará vuestra cabeza.

Yo vine á libertar al oprimido;
mi mano, el llanto del que llora seca;
la calma al corazón mi voz devuelve;
paz y ventura mi palabra siembra.
Mas ¡cuánta adnegación ¡ay! necesita
aquel que por su fe seguirme quiera!
¡Cuán largas horas de dolor le aguardan!
¡cuán largo padecer!—Mas que no tema;
tome su cruz y que mis pasos siga,
los brazos suelte de su madre tierna;
déla el adiós postrer, la frente humille,
su casa deje, y á mi lado venga.
Por mi causa, do quier se verá odiado,
caerá sobre su frente una anatema;
¡mas venturoso de él! Si humilde sufre,
de Dios, mi Padre, se verá á la diestra.
Y, ¡ay del que abrigue mundanal orgullo
y de mí se avergüence! Cuando muera,
y á las puertas del cielo ansioso llame,
Dios de abrirle también tendrá vergüenza.

JOVEN. Maestro bueno, tu voz me ha convencido:
quiero seguirte.

JESÚS. Ven, á mí te llega.
Dime: ¿de tus pecados te arrepientes?

JOVEN. Ya por ellos lloré con fe sincera.

JESÚS. Dime: ¿honraste á tu padre y á tu madre?

JOVEN. Señor, siempre en su honor moví mi lengua.

JESÚS. Pues ve, coge tu báculo y disponte:
da á los pobres también toda tu hacienda.

JOVEN. Qué me pides, Señor.

JESÚS. Hazlo.

JOVEN. No puedo.

JESÚS. ¡Hombre de poca fe! No te detengas,
huye.

JOVEN. No os seguiré nunca á tal precio. (Váse.)

JESÚS. ¡Oh disdichado de él! Más le valiera
jamás haber nacido. Antes que al rico,
al pobre sienta Dios siempre á su mesa.
Y os digo con verdad, que al que se humille,
ensalzado ha de verse por do quiera.
Días han de venir de luto y llanto
en que del sol la lumbre veréis nunca,
y en confuso montón las pardas nubes;
la triste luna quedará en tinieblas,
perdiéndose también en el espacio
el pálido fulgor de las estrellas.
En trono, entonces, de celeste lumbre,

siendo alfombra á sus plantas nubes densas,
vendrá el Hijo de Dios, vendrán sus ángeles,
fuente de viva luz, y en la hora aquella,
en torno llamará á los escogidos
de todos los confines de la tierra.
Ni uno, entre tantos, quedará olvidado,
que Dios no olvida á quien su fe le presta.
¿Pensáis acaso que el Señor no acoge
al que pone á sus pies débil ofrenda?
Si un pastor á las márgenes del río
está con su rebaño que apacienta,
y una tímida oveja descarriada
se le marcha á lo espeso de la selva...
¿No dejará el pastor todo el rebaño
que tranquilo se está, por ir tras ella?
Pues va; cruza del monte los espinos,
busca inquieto do quier, al fin la encuentra,
y gozoso poniéndola en sus hombros
torna al aprisco la perdida oveja.

UNO. Dinos, Maestro, dinos. En tu reino
¿cuál el mayor será?

JESÚS. (Cogiendo en brazos un niño.) ¿Quién? La inocencia
y el virginal candor. Ved: este niño.
El el mayor será en la gloria eterna.
Y, ¡ay si no os convertís y como éste
guardáis siempre del alma la pureza!
El que reciba á un niño, á mí recibe;
quien á un niño dañase, me atormenta;
y le valiera más, si tal hiciere,
morir del hondo mar en las arenas.
Cuidad mucho, cuidad de lo que os digo,
y no oprimáis al débil con la fuerza,
que ante el trono de Dios, serán los fuertes,
cual frágil barro, como arista seca.

ESCR. 1.° ¿Y hemos de consentir, sabios escribas,
descaro tal?)

IDEM 2.° (Se llama en su imprudencia
Hijo de Dios.)

IDEM 3.° (Prenderle deberíamos.)

IDEM 2.° (Podémosle acusar.)

IDEM 4.° (Acaso fuera
en extremo arriesgado: ved, la plebe
en él adora...)

IDEM 1.° (Pues dudar es mengua.
Se dice sabio; ¿no lo sois vosotros?
Confundid sus argucias: ved si al César
no rinde acatamiento, y al instante

caerá sobre su frente la ley nuestra.)
IDEM 2.° (Dices bien.)
(A Jesús, que se ha ido acercando lentamente.)
¿Por ventura, Nazareno,
ya que tu ciencia todo lo penetra,
es justo dar al César el tributo?
JESÚS. ¿Por qué, herodianos, vuestra fe me tienta?
¿Qué queréis? ¿Qué pedís? Dadme un denario.
ESCR. 2.° Toma.
JESUS. (Presentándole el denario.)
¿Qué imagen retratada lleva?
ESCR. ¡El César!
JESÚS. Pues, Escribas, ¿qué dudáis?
Fija está en el denario mi respuesta.
Así, dad siempre á Dios lo que es de Dios,
y al César dad lo que del César sea.
ESCR. 3.° (Es extraño.)
IDEM 2.° (La ciencia es impotente.)
IDEM 1.° Di, Nazareno, di: ¿cómo es que alteras
nuestra sagrada y veneranda ley,
un sábado curando las dolencias?
¿Por qué no hacéis las santas abluciones
al tiempo de sentaros á la mesa?
JESÚS. Hipócritas Escribas, pobres ciegos,
esclavos viles de mentidas ciencias,
blanca túnica ciñe vuestros hombros;
pero es vuestra alma como el cuervo, negra.
Temed, temed, que pronto vendrá el día
en que de un nuevo sol la luz se vea,
y á sus puros y nítidos fulgores
lo hediondo se verá de las conciencias.
Teme también, Jerusalén ingrata,
que mataste iracunda á tus Profetas;
teme, que el dedo del Eterno Padre
á señalarte va, ciudad perversa;
polvo serás, y el viento del desierto
que abrasa las raíces de las yerbas,
al desierto tus templos y palacios
llevará convertidos en arenas.
Y este templo, que hoy alza con orgullo
sus torres de granito á las estrellas,
al furor de la cólera celeste
al suelo ha de venir piedra por piedra.
(Una mujer sale huyendo de la multitud, que armada de piedras la persigue. Sube precipitadamente las gradas del templo, y se abraza á las rodillas de Jesús. La gente se queda al pie de la escalera.)

ESCENA II

DICHOS, LA MUJER ADÚLTERA

MUJER. Piedad, Maestro: tu piedad demando.
Defiéndeme: la turba que me cerca
quiere matarme... mi dolor te apiade...:
he pecado, es verdad; pero es inmensa
mi angustia... y el cruel remordimiento
mi corazón desgarra.
UNO. Aquí está... ¡ea!
Matémosla.
JESÚS. Mujer, calma tu angustia.
El llanto enjuga que tu rostro riega.
OTRO. Vamos, pronto.
JESÚS. (Adelantándose.)
Decid, ¿qué es lo que ha hecho?
¿Cuál fué la causa de su pena acerba?
UNO. Esa mujer fué hallada en adulterio
y debe perecer... Moisés lo ordena.
MUJER. Ampárame, Maestro, yo en tí creo.
JESÚS. ¿Y quién en este mundo, quién no peca?
El que esté de vosotros sin pecado,
ese le arroje la primera piedra.
(Á todos se les caen las piedras de las manos. Jesús eleva las suyas al cielo, quedando las figuras, de un modo conveniente, colocadas en la escena.)

Mutación.—Casa pobre

ESCENA III

Salen MARÍA y MAGDALENA

MAGDAL. ¿A qué lloras de esa suerte?
MARÍA. ¡Ay, de mi dolor te extrañas!
Deja que llore; y advierte
que está próxima la muerte
del Hijo de mis entrañas.
¡Ah! Yo lo ví con enojos,
yo adiviné su aflicción.
Hay tan amarga expresión

en el mirar de sus ojos,
que me parte el corazón.
Si le pregunto doliente
la causa de su suplicio,
levanta su hermosa frente
y dice tranquilamente:
«Cerca está mi sacrificio».
Lloro entonces, y mi pena
no mitiga esa pasión,
porque mis lágrimas son
amarga hiel que envenena
las fibras del corazón.
¡Oh! Si me falta el sostén
de sus filiales abrazos,
¡qué me queda...! ¡Dulce bien!
¡Jesús mío! ¿Quién, ¡oh! quién
le arrancará de mis brazos?

MAGDAL. Si yo alcanzara, señora,
á mitigar tu agonía
tan cruel y asoladora...

MARÍA. Quizá necesite ahora
de tu apoyo, amiga mía.

MAGDAL. Dichosa seré con esto;
ya no ambiciono otro bien.

MARIA. Escucha: tal vez muy presto,
según Jesús ha dispuesto,
vamos á Jerusalén.
Mas yo temo esa partida,
y un presagio, con tortura,
me tiene el alma oprimida;
que una voz desconocida
penas sin cuento me augura.
Enemigos despiadados
su llegada acecharán;
cual tigres encarnizados,
tormentos no imaginados
sufrir á mi Dios harán.
Por eso su faz divina
se muestra tan congojosa,
mustia su frente declina,
y en pos de El su grey camina
triste, lenta y silenciosa.

MAGDAL. ¿Por qué, Virgen dolorida,
te entristeces de esa suerte?
Quién será, Madre querida,
el que se atreva á dar muerte
al que á los muertos dá vida...

De Jesús los pasos siento.
MARÍA. ¡Será verdad! ¡Oh contento!
¡Voy á verle! ¡Hay más ventura!
MAGDAL. Repara que tu amargura
doblará su sufrimiento.
JESUS. (**Entrando dice á los Apóstoles.**)
Esperad aquí...
MARÍA. (No quiero
que descubra mi agonía.)
JESUS. Mientras que á la Madre mía
le doy el adiós postrero.
MAGDAL. ¡Ya llega, Virgen María!

ESCENA IV

DICHAS, JESÚS, PEDRO, JUAN, JUDAS

JESÚS. Salud, Madre adorada,
guía del pecador, faro divino,
Arca donde mi Dios tiene guardada
la luz que al peregrino
ha de alumbrar su terrenal camino.
Hoy, por la vez postrera,
á saludarte vengo, Madre mía,
rosa de Jericó, limpia palmera
á cuya sombra un día
paz hallará la gente venidera.
Mi Padre y Dios me ordena
que vuelva á la ciudad, pero antes quiero
que mitigues tu pena.
Dame el adiós postrero,
debo partir, y tu permiso espero.
MARÍA. Mi Dios, mi dulce esposo,
rica semilla de la fe cristiana,
cuyas palabras son fruto sabroso
que cogerá mañana
con lágrimas de amor la raza humana.
¿Por qué quieres, mi vida,
volver á la ciudad? ¡Ay! yo sospecho,
viendo esa frente de dolor transida,
que llevas ya deshecho
el pobre corazón dentro del pecho.
JESÚS. Mi Padre lo ha mandado.
¡Oh! no me contraríes, porque es preciso
que le obedezca yo, quede lavado
con mi sangre el pecado
que el hombre cometió en el Paraíso.

MARÍA. ¡Ay! tu acento, Hijo mío,
me rompe el corazón.
JESÚS. Madre del alma,
si contra mí se ensaña un pueblo impío,
no pierdas tú la calma,
pues del martirio llevaré la palma.
MARÍA. Sola, desconsolada,
me quedo sin tu amor.
JESÚS. Breves instantes
vivirás de tu Hijo separada,
que en la eternal morada
volveremos á ser tiernos amantes,
que, aunque de tí me ausento,
yo mi vida en tu vida deposito,
porque yo soy tu esencia y tú mi aliento,
porque el Ser infinito
en su libro inmortal así lo ha escrito.
MARÍA. Señor, el alma mía
no podrá soportar tan dura ausencia;
duélete de mi llanto y mi agonía,
revoca tu sentencia;
¿por qué así me arrebatas tu existencia?
Piensa que, siendo niño,
la esencia de mi pecho con ternura
te regalé, en tanto que el armiño
de esa tu frente pura
besaba yo con maternal locura.
Yo soy la que en sus brazos
á Egipto te llevó; tanto te quiero,
que si desatas de mi amor los lazos,
te llevarás con el adiós postrero
mi amante corazón hecho pedazos.
JESÚS. Cesa, Madre y Señora,
pues tu acento mi pecho ha lacerado;
es en vano rogar, llegó mi hora;
en el cielo mi muerte han decretado,
y estoy al sacrificio preparado.
A morir por el bien de los mortales
del sacro cielo descendí gustoso;
Hijo de las entrañas paternales,
soy el Verbo dichoso
que encerraron las tuyas virginales.
Mi sangre es la semilla
que á la tierra ha de dar fruto fecundo;
mi fe la antorcha que radiante brilla;
el Salvador del mundo
me llamará ese pueblo que me humilla.

MARÍA. Ya que tu muerte es cierta
y mi dolor tu corazón no mueve,
tenme la gloria abierta,
que allí mi alma dolorida en breve
llegará en alas de la brisa leve.

JESÚS. En mi hora postrera
todos me dejarán; tú, Madre mía,
serás de mi dolor la compañera;
tu llanto y tu agonía
sorprenderá el albor del nuevo día.
Cuando las nubes crezcan
del sol cubriendo la radiante lumbre;
cuando el cielo y la tierra se estremezcan,
del Gólgota en la cumbre,
tú sola quedarás; mi último aliento
irá á posarse en tu divina frente,
y en alas de mi amor, al firmamento
con mi alma subirá tu adiós doliente.

MARÍA. ¡Ah bárbara agonía!
¿Y sabiendo que mi Hijo va á la muerte
le he de dejar partir?

JESÚS. Sí, Madre mía.

MAGDAL. Perdona si á los ruegos de María
mis ruegos también uno.

JUAN. Quédate aquí, Señor.

PEDRO. Mira su pena,
y apiádate, Jesús.

JUDAS. ¡Cuánto importuno!

JESÚS. Imposible, imposible.

MARÍA. ¡Magdalena!

JESUS. No os opongáis, amigos, Dios lo ordena.

(Todos cercan á JESÚS como para convencerle.)

JUDAS. (Gente pobre de espíritu, no quiero
á tus ruegos unir el ruego mío,
porque inútil será: su alma es de acero:
de su dolor me río;
ya lloraré al mirarle en el madero).

MARÍA. Pues Dios lo ordena, parte;
pero dime, Señor, dó podré verte,
y por última vez iré á admirarte.

JESUS. Cuando vaya á la muerte
mi discípulo Juan vendrá á buscarte.
Adiós, la cruz me espera.

MARÍA. ¡Ay! el tormento torcedor se arraiga,
aquí en mi corazón; por vez postrera
tu bendición sobre mi frente caiga.

(Se arrodilla.)

JESÚS. La bendición de Dios, Madre querida
ya posa con amor sobre tu frente.
Fuente del bien, de nuestra muerte vida,
pues tú serás el medio conveniente
que tornará en pacífica concordia
de Dios y el hombre la mortal discordia.
Tú eres el dulce fruto, tú la esposa
que de los santos cielos descendiste,
por tí de Adán la culpa fué dichosa.
Tú la que al Verbo humana forma diste,
cual tú no nacerá mujer ninguna.
Dios por alfombra te dará la luna.
Tú serás de los justos la esperanza,
del desvalido huérfano alimento,
del desgarrado corazón bonanza,
dal afligido sin igual contento:
paloma de la paz, fe del que ora,
del hombre universal remediadora.
En el nombre de Dios, mi humilde diestra
la bendición te dá.

MARÍA. ¡Hijo adorado!

JESÚS Madre del corazón, caiga la vuestra
sobre mi frente ahora.

PEDRO. Arrodillado
yo la espero también, Virgen sagrada.

JUAN. Bendecidnos á todos, Madre amada.
(Se arrodillan todos menos JUDAS.)

MARÍA. La bendición de Dios tranquila posa
sobre vosotros ya. Ahora, Hijo mío,
ven á mis brazos, ven.

JESÚS. ¡Madre amorosa!

MARÍA. A vosotros, amigos, lo confío;
Él es mi bien, mi amor, mi fe, mi vida.

PEDRO. ¡Cruel instante!

JUAN. ¡Amarga despedida!

MARÍA. ¡Ah! Por la última vez, ven á mis brazos.

JESÚS. ¡Oh martirio cruel!

MARÍA. ¡Ay! tú te alejas,
y el pobre corazón hecho pedazos
en las entrañas de tu Madre dejas.

JESÚS. !Adiós, adiós¡ (Vase con los discípulos.)

MARÍA. ¡Adios, horrible pena!
No puedo más, sosténme, Magdalena.
(Se arroja en brazos de MAGDALENA. Ésta la acompaña hasta que desaparecen por la izquierda.)

Mutación.—Vista de Jerusalén

Aparece un grupo de hombres mirando hacia el foro.—La puerta de la ciudad estará á la izquierda del actor.—Algunos soldados que irán saliendo por ella, mientras dura la siguiente escena, se irán formando junto al muro del segundo término.—La escena debe estar iluminada de modo que parezca que un sol radiante baña los muros y torres de la ciudad.—Al fondo un sinnúmero de palmeras, por donde sale luego Jesús y la comitiva.

ESCENA V

RABINO 1.° y 2.° junto al proscenio. El grupo de pueblo al foro

HOMBRE 1.° ¡Ved el cielo qué esplendente!
Ni una nube se divisa
HOMBRE 2.° La aroma trae la brisa
de los jardines de Oriente.
HOMBRE 1.° Mirad: las aves también
desde las altas palmeras
sus trinos lanzan parleras.
HOMBRE 2.° ¡Gran día!
HOMBRE 1.° Jerusalén,
dichosa tú que en tu seno
pronto á Dios recibirás.
RABINO 1.° Yo en los milagros jamás
creí de ese Nazareno.
RABINO 2.° De El se cuentan maravillas
que corren de boca en boca.
RABINO 1.° Tan sólo á la plebe toca,
dar crédito á esas hablillas.
RABINO 2.° Dicen que es hijo del cielo,
y que le vieron andar
sobre las olas del mar.
RABINO 1.° ¿Sobre el mar, ó sobre el hielo?
RABINO 2.° Incrédulo eres.
RABINO 1.° Sí á fe.
RABINO 2.° Rey le llaman de Judea.
RABINO 1.° Eso es fácil que lo sea.
RABINO 2.° Y Dios también.
RABINO 1.° Dios... no sé.

ESCENA VI

DICHOS, UN ANCIANO, que sale por la izquierda y se dirige á los Rabinos

ANCIANO. Tal vez he llegado tarde.
HOMBRE 1.° Amigos, aquí esperemos.
ANCIANO. A este hombre preguntaremos.
Ciudadano, Dios te guarde.
¿Sabrás decirme si entró
Jesús en la gran ciudad?
RABINO 1.° Viejo, mucha es tu ansiedad.
ANCIANO. Mas... responde: ¿Ha entrado?
RABINO. 1.° Aún no.
ANCIANO. (Levantando las manos al cielo.)
Gracias, gracias, Dios clemente;
mi afán no ha sido prolijo,
que aún podré ver á tu Hijo
y cantar con esa gente.
RABINO 2.° Roboán, creo que ese anciano
á Jesús conocer debe.
RABINO 1.° Su traje es el de la plebe
del pueblo samaritano.
RABINO 2.° Pues yo á interrogarle voy,
ya que antes lo hizo conmigo.
Dispensadme, buen amigo;
¿sois de Samaria?
ANCIANO. Sí soy.
RABINO 1.° ¿Qué es lo que tanto os lastima?
ANCIANO. Temí no poder, mancebo,
ver á Jesús, pues le debo
lo que más el hombre estima.
RABINO 1.° ¿Os dió riquezas?
ANCIANO En mí
nunca la avaricia cupo;
yo era ciego, Dios lo supo,
«mírame», dijo, y le ví.
De entonces, su imagen viva
se grabó en mi corazón.
RABINO 1.° ¿Y empleó en la curación
algún ungüento?
ANCIANO. Saliva.
¿Por qué os asombráis los dos?
¿El que sin vista ha nacido,

la ciencia, cuándo ha podido
devolvérsela sin Dios?

RABINO 1.° Nunca del hombre en la boca
tan franca verdad he visto.

RABINO 2.° La entrada triunfal de Cristo,
Roboán, adorar nos toca.

(Salen en tropel por el foro niños, mujeres y hombres, y reparten flores y palmas; otros las arrojan por donde debe pasar Jesús.)

HOMBRE 1.° Flores y palmas tomad
para alfombrar el camino
que le guía á la ciudad;
y pues llega el peregrino,
hijas de Judá, cantad.

(Forman arcos con las palmas y derraman flores por el suelo. Jesús sale montado en la pollina. Le siguen los doce Apóstoles. Mientras pasa por el arco que forman las palmas canta el siguiente

CORO DE MUJERES

De flores y palmas
sembremos el suelo
que tiembla de dicha
debajo sus pies.
Hoy que abre gozosas
sus puertas el cielo
y envía coronas
al Dios de Israel.

CORO GENERAL

¡Hossana! ¡Hossana!
Paz á los hombres,
paz bendecida,
gloria y amor.
Cielos y tierra
canten gozosos
á la venida
del Redentor.

(Al concluir el coro se detiene Jesús delante de la puerta de Jerusalén, y dice:)

JESÚS. ¡Jerusalén! ¡Jerusalén! Al verte
el dolor estremece el alma mía.
¿Por qué, ingrata, pretendes darme muerte
si la vida te doy? Mas oye: el día

no está lejos; fijada está tu suerte;
mi Padre á revelártelo me envía,
idólatra nación, ciudad ingrata,
oye mi voz y tu sentencia acata.
Escucha: que aún la voz de Jeremías
en los aires retiembla, y angustiosa
predice tus amargas agonías
y el baldón de tu muerte ignominiosa.
Corred, corred también, lágrimas mías,
libre expansión de un alma generosa;
¿por qué, Jerusalén, por qué tú en tanto
mi voz de amor no escuchas y mi llanto?
Tu loco orgullo, tu soberbia vana
te perdió, pobre pueblo de Judea;
siervo serás; el águila romana
con sus alas tus muros ya sombrea.
Despótica nación, gente liviana,
que altiva el orbe entero señorea
de sangre y destrucción feroz blasona,
y hundió en el polvo tu imperial corona.
¡Ay! Triste miro ya huestes extrañas
tus extensos confines circundando,
vacilan á su choque las montañas,
sus elevadas crestas sepultando
en la sangre que anega tus entrañas.
¡Ay, mísera ciudad, ay de tí! cuando,
cual rayo que del cielo se desploma,
se lance sobre tí potente Roma.
Entonces como corzas acosadas
tus mujeres huirán, de espanto llenas
las verás en tus templos violadas,
la peste el aire traerá en su seno,
serán tus altas torres arrasadas,
hondas raíces echará en tu seno
la sed y el hambre, y tu infelice tierra
campo será de fratricida guerra.
¡Ay mísera de tí! fuerte el romano
vence y conquista, pero no perdona.
Entonces tu lamento será en vano,
del cielo la piedad ya te abandona.
Nada en tí quedará: ni ciudadano
sin mancha y sin oprobio, ni matrona
que no sea vilmente mancillada,
ni piedra sobre piedra... ¡Nada! ¡Nada!

(Jesús reclina la cabeza sobre el hombro como si estuviera meditando su palabra; luego dice mirando con dulzura á la muchedumbre:)

Cantad, porque al alma mía
vuestros ecos gratos son,
y esa dulce melodía
tal vez calme la agonía
de mi triste corazón.

(Rompe el coro, y Jesús y los Apóstoles pasan bajo los arcos de palmas, y entran en la ciudad.)

CORO GENERAL

¡Hossana! ¡Hossana!
paz á los hombres,
paz bendecida,
gloria y amor.
Cielos y tierra
canten gozosos
á la venida
del Redentor.

(Van entrando de modo que cuando caiga el telón, aún se perciban las últimas notas del coro.)

FIN DE LA JORNADA SEGUNDA

JORNADA TERCERA

La Cena

PERSONAJES

JESÚS.	JUDAS.
PEDRO.	CAIFÁS.
JUAN.	ANÁS.
ANDRÉS.	ABDARÓN.
SIMÓN.	BENJAMÍN.
FELIPE.	ROBOÁN.
TADEO.	ANGEL.
TOMÁS.	MALCO.

SOLDADOS.

ESCENA PRIMERA

Gran salón en casa de Simón, leproso. Al fondo la mesa servida con trece cubiertos, y rodeada de divanes. JESÚS en el centro. SAN JUAN á su izquierda y SAN PEDRO á su derecha. Al extremo de la mesa JUDAS.

(Aparecen los Apóstoles arrodillados, y Jesús, en pie, bendiciendo la mesa.)

JESÚS. Creador del universo,
Rey del cielo y Padre mío,
en tu Santísimo nombre
mesa y manjares bendigo.
(Mientras da la bendición, se oye una música lejana. Luego, separándose de la mesa y adelantándose, dice:)
Pedro.

PEDRO. ¿Qué quieres de mí?
(Se levanta y se acerca á Jesús.)

JESÚS. Dejar, Pedro, el cuerpo limpio;
y para alcanzarlo ahora
tus pies lavar es preciso.

PEDRO. Señor...

JESÚS. No resistas, no,
porque está ya decidido.
Quien venga á entrar en mi Reino
sea de la entrada digno;
mas el que limpio no fuere,
seguir no podrá conmigo.

PEDRO. Sea, pues que tú lo ordenas.
Alto Señor, no resisto.

(Un criado coloca un taburete á la izquierda; le da á Jesús una tohalla y pone junto al taburete un barreño y un cántaro de metal. Jesús empieza el lavatorio por Pedro, luego Juan, y el último Judas. Mientras dura esta ceremonia se canta el siguiente coro.)

CORO DE ÁNGELES

Gloria á Jesús, que siendo
omnipotente Rey,
mansísimo cordero
se postra ante sus pies.

JESÚS. (Otra vez junto á la mesa.)
Hora aceptad de mis manos,
compañeros y discípulos,
el pan que mi cuerpo encierra
misteriosamente unido.
Pan al pecador, sabroso,
muerte segura del vicio.
Dichosos los que lo coman,
pues serán mis elegidos.
Como tomásteis el pan,
hermanos, probad el vino,
porque es sangre de Jesús
su principal contenido.

(Jesús sirve á sus discípulos; éstos comen y beben. Música.)

CORO DE ÁNGELES

El pan por Dios bendito,
dulcísimo pastor
reparte á sus ovejas
con paternal amor.

JESÚS. (Levantándose.)
¡Oh...! Ya no puede tardar
el momento del suplicio,
y antes de morir intento
daros muestras de cariño.
Presentes ved en el cáliz
mi sangre y cuerpo divinos,
que del Nuevo Testamento
dan al mundo claro indicio.
En él mi santa doctrina,
mis preceptos dejo escritos,
salvación de los humanos
y terror del negro abismo.
Sembrad, sembrad la semilla,
que, por mi Padre bendito,
vuestros pasos en el mundo
asombrarán á los vivos,
y de ellos nacerán flores,
frutos sabrosos y ricos.

JUAN. ¡Señor...!

JESÚS. Escuchad, hermanos,
que es forzoso despediros
con palabras harto duras
para inocentes oídos.
Uno existe entre vosotros,
desleal, fiero enemigo,
que habrá muy grande contento
después de haberme vendido.
Como lo dijo el Profeta,
uno de entre mis amigos
me venderá por dinero,
me entregará por sí mismo.
Sus ojos de mí apartando
le contemplo en este sitio,
donde la traición medita
con tenaz, pérfido ahinco.
Mas, ¡ay del que cometiere
tan repugnante delito!
¡Ay del mal aconsejado!
¡Ay del compañero inicuo!
¡Mejor le fuera su nombre
borrar de entre los nacidos!

PEDRO. Caro Maestro y Señor,
por gran merced lo pedimos,
tu pensamiento declara
con el nombre del impío,
aunque venga de tus labios

á salir el nombre mío.

JUAN. ¿Late, Señor, por ventura
tan ruin pecho, tan indigno
de tu amistad, como ahora
tus palabras nos lo han dicho?
Habla: en verdad, ¿seré yo
causa de tantos suspiros?
También las sospechas caen
sobre mí, que voy contigo,
y mucho sufro por ellas,
que también mucho te estimo.

ANDRÉS. Dílo, Señor.

SIMÓN. Habla pronto.
¿Soy yo el traidor?

FELIPE. ¿Elegido
seré yo por mi desdicha?

TADEO. ¿Tadeo acaso?

TOMÁS. ¿Tu adicto
Tomás?

PEDRO. Habla.

JUDAS. ¿Por ventura
soy yo el traidor?

JESÚS. Tú lo has dicho.
Tú, Judas, tú; pero llega,
llega á mi lado tranquilo.
Toma este pan, toma, y ve
á ejecutar tu designio.
(Judas, después de tomar el pan, que tira al suelo, váse por la derecha.)

JESÚS. (Al tiempo de salir Judas.)
¡Sea Dios glorificado
y glorificado su Hijo!
(A los Apóstoles.)
Llorad, sí, por mi dolor,
y sea el llanto prolijo,
porque, cuando asomará
el instante del martirio,
confusos todos vosotros,
salud buscando y abrigo,
huiréis como espantados
por Caifás y sus esbirros.

PEDRO. ¡Yo separarme de tí
cuando se acerca el peligro!...
Díme dónde vas, y juro
no abandonar tu camino,
y gustoso en tu lugar
morir, si fuere preciso.

JESÚS. ¿Tú dieras por mí la vida,
Pedro?

PEDRO. ¡Oh, sí!

JESÚS. En verdad te digo
que antes que el gallo cantare
bajo tres modos distintos,
negarás mi santo nombre
y la ley que tú has seguido.

PEDRO. Esto no será.

JESÚS. Sí, Pedro.
Así será, ya lo he dicho.
Mas correr debo á la muerte.
Salgamos de este recinto. (Vánse.)

Mutación.—Selva corta

ESCENA II

JESÚS y los APÓSTOLES

JESÚS. Caros hermanos míos,
venid, venid, y cesen un momento
vuestros sinceros labios
de pedir que revoque Dios mi suerte.
Humildes escuchad mi pensamiento,
mis palabras de amor, consejos sabios
que os lega á todos mi temprana muerte.
Jamás se turben vuestros nobles pechos.
Vuestra fe ardiente no vacile nunca,
y dejad mis deseos satisfechos.
La palabra de Dios jamás se trunca.
Predicando seguid; que preparadas
en casa de mi Padre, y por mis manos,
celestiales moradas
tendrán para hospedarse mis hermanos.
Siendo yo la verdad, yo soy la vida,
y yo soy el camino,
á todo el mundo abierto,
que conduce á mi Padre, y que convida
á entrar en él al pobre peregrino
errante, en busca de seguro puerto.
Ninguno al Padre viene
si antes por mí no pasa;
pues soy el Hijo yo, y guardo la llave
de la celeste casa.

¿No es cierto, por ventura,
que me habéis conocido
llevando en mi figura
su semblante esculpido
y mi aliento en el suyo confundido?
Suyas son mis palabras,
y el cielo y las estrellas
y mis obras mejores;
pues vosotros haréis obras tan bellas
como el mezclado trino
de alegres ruiseñores,
como el hundoso y arrogante pino,
cual yo las hice, y las haréis mayores.
Amáos mutuamente
con el amor que hacia vosotros siento;
mis amigos seréis si en vuestra frente
grabáis humildemente
este dulce y sabroso mandamiento.
Mi amistad es ventura
que sólo toma perenal asiento
en medio del amor y la ternura,
y no pasa ligera
como fugaz verdura
que viene al asomar la primavera,
sino que vive, y vive y siempre dura.
Si el mundo os aborrece
y altivo con vosotros se enfurece,
dejad gritar al mundo
que hoy contra mí sus odios encrudece;
vuestros pechos dulcísimos taladre
sin ver en vuestros párpados el llanto,
porque el dolor es santo
y os abre el seno de mi Eterno Padre.
Quien amorosa llama
siente en tu corazón, ¡cómo obedece
del objeto á quien ama
la ley, la voluntad, y cómo acrece
de esta bella manera
su dicha verdadera!...
Mis preceptos cumpliendo
de aquel amor sabroso,
el fuego abrasador irá cundiendo;
y el Espíritu hermoso,
procedente del Padre, hechura mía,
vertiendo su alegría
cual grata sombra las frondosas palmas,
hará su habitación en vuestras almas.

Y subiendo el amor á un alto punto,
mi Padre en mí estará, cual yo en vosotros
y vosotros en mí; y en el conjunto
el Espíritu luego
derramará su inagotable fuego.
Habréis conocimiento
del Espíritu Santo
por el valiente y soberano acento
con que os enseñará el hermoso manto
que la verdad se viste,
y la oculta manera
de consolar al triste;
y dirigiendo vuestros claros ojos
á edades venturosas,
distinguiréis el grano y los abrojos
y la ignorada esencia de las cosas.
Yo soy la verdadera
vid que el Señor cultiva:
vosotros los sarmientos que me plugo
elegir para que savia reciba
el ignorante pueblo,
y todos se alimentan de su jugo.
Unidos á la vid, copioso fruto
daréis por donde quiera,
y á rendiros vendrán libre tributo
muchas extrañas gentes,
esclavas del error; hombres ardientes
por lograr la verdad y su hermosura,
y el amor y la calma y la ventura.
Yo soy el arbol de la paz, y os dejo
la paz en que vivimos.
Amor os guiará con su consejo;
y el poder de mi Padre á quien servimos
hará que coja el mundo
en la vid del Señor frescos racimos,
y hará el reinado de la paz fecundo.
Hermanos, de vosotros me despido.
Yo volveré algún día
á estrechar vuestros lazos
y á dar á vuestros pechos alegría.
Cuidad vosotros de mi tierna Madre,
y dadme vuestros brazos,
porque me espera ya mi Eterno Padre.
(Abraza á los Apóstoles, y vase seguido de Pedro, Juan y Jaime.)

Mutación.—Sala del Consejo

ESCENA III

CAIFÁS, ANÁS, ABDARÓN y BENJAMÍN, sentados á la mesa del Tribunal

CAIFÁS. Ya ha conocido el Consejo
los males que nos amagan,
y bien debió conocer
el valor de esta jornada.
Amigos míos, este hombre
con su elocuente palabra
derriba nuestros altares
y otros altares levanta.
Recorre todo el imperio
su nombre en ligeras alas.
Hora en el templo discute,
hora predica en la plaza,
y en la plaza y en el templo
y en los campos y do vaya
la apiñada muchedumbre
con sus razones inflama,
y en él adora al Mesías
y al Dios del cielo rebaja.
Ya es eminente el peligro,
ya es constante la amenaza,
y la ley y el cielo airado
justo castigo demandan.

ANÁS. Todos estamos de acuerdo
sobre el crimen: sólo falta
la manera de atajarle,
y esto es de grande importancia.
Si prendemos al Profeta
en el templo, ¿quién acalla
al pueblo y quién le resiste
si llega á empuñar las armas?

ABDARÓN. Procedamos con gran seso,
que, al fin, hallaremos traza
para coger al traidor
sin dar al pueblo en la cara.

CAIFÁS. Ved que es mayor el peligro
á cada instante que pasa.

ANÁS. Caifás, si erramos el golpe,
somos perdidos.

CAIFÁS. Pues basta.

Cada cual busque su modo
de asegurarnos. (Entra Roboán.)

BENJAMÍN. (A Roboán.) ¿Quién llama
la atención del Tribunal
en hora tan avanzada?

ROBOÁN. Sabios é ilustres doctores,
un hombre de mala traza,
discípulo de Jesús,
según dijo...

CAIFÁS. (Con viveza.) Libre y franca
tiene la puerta, Roboán.
Sal, y que entre sin tardanza.
(Váse Roboán.)

BENJAMÍN. Tal vez nos sirva.

ANÁS. Lo dudo;
que los discípulos le aman,
y jamás ante nosotros
contra El quejas entablaran.

ESCENA IV

DICHOS, JUDAS, ROBOÁN

ROBOÁN. (Entrando con Judas.)
Ahí está. (Váse.)

CAIFÁS. (A Judas.) Dí lo que anhelas.
¿Quién eres?

JUDAS. Judas me llaman.
Yo soy, ilustres Rabinos,
quien, movido por la fama
de Profeta que Jesús
entre las turbas gozaba,
quise admirarle, y sujeto
quedé en la red de sus mañas.
Siervos, más bien que discípulos,
de Jesús y su enseñanza,
son los hombres que le siguen
y sus órdenes acatan.
El nueva ley les enseña,
y amparado en ellos, se alza
á la majestad de Rey
con que algún día soñara;
y fingiéndose Mesías
por consejos de su audacia,
por suyo tomó lo mío
y lo de todos allana.

Frutos son de la codicia
y de la ambición bastarda
sus leyes y sus sentencias,
sus promesas y sus prácticas;
y la redención del mundo
una insolente patraña,
con que á los necios seduce,
con que su poder ensalza.
Vedle, otro César, dictando
su voluntad soberana;
ved al pueblo cómo escucha
y recoge sus palabras;
cómo edificar un templo
promete con mano sabia
en el lugar do el antiguo
fiome ostenta su muralla.
Temed, temed, Fariseos,
que el pueblo besa sus plantas,
mientras que os odia á vosotros
y contra vosotros clama.

BENJAMÍN. El caerá en nuestras manos,
y entonces...

JUDAS. Ved que ya tarda
vuestro castigo, y se crece
mientras tanto su arrogancia.
¿Queréis prenderle esta noche...?
Yo os lo daré.

CAIFÁS. ¿Tu palabra
cumplirás, Judas?

JUDAS ¡Oh, sí!
Mas nadie en vano trabaja.
Yo os daré á Jesús; vosotros,
¿qué ofrecéis en justa paga?

ANÁS. Rico serás si le entregas.

JUDAS. Mi palabra está empeñada.

CAIFÁS. Si tú como bueno cumples,
rico serás.

JUDAS. Alharacas.
¿Qué ofrecéis por su cabeza?

CAIFÁS. Treinta dineros de plata.

JUDAS. ¿La moneda es de presente?

ABDARÓN. Sí, Judas, puedes contarla.
Toma. (Ofreciéndole dinero.)

JUDAS. Bien.—Cuatro, seis, ocho...
Por Dios, que éste no me agrada.
Es falto de peso.

ABDARÓN. Bien:

otro toma. (Le da otra moneda.)
JUDAS. (Mirándola.) Bueno.
CAIFÁS Acaba.
JUDAS. Cabal. Quedo satisfecho.
Pues vamos á la emboscada.
Vayan soldados conmigo.
CAIFÁS. (Llamando.)
Roboán, mi gente de armas.
JUDAS. Preso le tendréis.—Salgamos,
que pronto lucirá el alba.
CAIFÁS. Aquí esperamos.
JUDAS. Doctores,
tomaréis pronta venganza. (Vánse.)

Mutación.—Huerto de las Olivas

ESCENA V

JESÚS ORANDO, y LOS TRES APÓSTOLES DORMIDOS

JESÚS. Eterno Dios, Padre mío,
Rey y Señor, Gloria eterna,
que en mi cuerpo derramastes
perenne y divina esencia,
haz que el último dolor
venga pronto y breve sea,
que sus espinas se clavan
del hombre en la vil corteza.
Hágase tu voluntad
en el cielo y en la tierra,
que la mía Dios eterno,
á la tuya se sujeta.

MÚSICA

Cerca de tu martirio
la hora está.
y en la gloria te espera
lauro inmortal.

(Levantándose, y á los discípulos dormidos.)
Oh, mis queridos discípulos,
bien con sus alas ligeras,
bien el sueño os acaricia,
bien mansamente os recrea.

Ni mi dulce compañía,
ni la oración os despierta:
velad, que acaso el pecado
junto á los párpados vela.
(Otra vez arrodillado y orando.)
Creador omnipotente,
el cáliz amargo venga,
los secos y ardientes labios
refrescando en ancha vena.
Lava el agua cristalina
á las sumergidas piedras;
y en las aguas del dolor,
cuyo caudal atraviesa
el Hijo de Dios, se lavan
todas las culpas ajenas.
¡Bebed de mi sangre todos
y haz tú que todos la beban!

MÚSICA

Entre tus manos
dejo, mi Dios,
santa semilla
de redención.
(Á los discípulos).
Ah, despertad, hijos míos,
que ya la muerte se allega.
Despertad, y combatiendo
la flaca naturaleza,
el alma luzca en vosotros,
que vivir el alma anhela.
Despertad. ¡Ay! Ved que Judas
hacia vosotros se acerca.
(Orando otra vez y dirigiéndose al Angel que aparece.—Empieza á elevarse. Un Angel baja del cielo, llevando en la mano el cáliz, y en la otra la cruz. Mientras dura la cuarteta que figura cantarla un Angel, suspendidos en el aire JESÚS y el Angel, éste le presenta el cáliz, que JESÚS apura. Luego el Angel sube al cielo; JESÚS baja á la tierra.)
Bien oistes la voz mía,
Rey de infinita clemencia.
Ven tú á mis brazos, en tanto
que á tí mi espíritu vuela.
ANGEL. Hijo de Dios y del Hombre,
recibe esta cruz, y en ella
muriendo como un malvado

del hombre el pecado muera.
El Padre excelso la envía,
que es la cruz tu fortaleza.
Recíbela tú, y humilde,
el leño escogido besa.
(Le enjuga el rostro.)
Sangre destila tu rostro.
¡Reviva el hombre por ella!
(Música. Desaparece el Angel.)

ESCENA VI

DICHOS, luego JUDAS, ABDARÓN, BENJAMÍN, MALCO y SOLDADOS

JESÚS. Alzad, alzad, hijos míos,
porque ya á prenderme llegan.
(A los soldados.)
Amigos, ¿á quién buscáis
con tal acopio de fuerzas?
BENJAMÍN. A Jesús de Nazareth.
JESÚS. Yo soy. (Caen.)
Alzad. ¿Por qué tiemblan
las armas en vuestras manos?...
Ningún temor os sorprenda,
y decidme qué queréis.
BENJAMÍN. A Jesús, falso profeta.
JESÚS. Yo soy. (Caen.)
Alzáos del suelo.
Decid por la vez postrera,
¿qué queréis, á quién buscáis
con armas, luces y cuerdas?
BENJAMÍN. A Jesús de Nazareth.
JESÚS. Yo soy. (Caen.)
Alzad. ¿Qué os aqueja?
Alzad. Cúmplase en buen hora
lo que vuestra furia anhela.
Arrojad sobre mi cuerpo
duras y horribles cadenas,
más no levantéis la mano,
sobre mis pobres ovejas.
JUDAS. Señor.
JESÚS. ¡Judas! ¿Qué me quieres?
JUDAS. De mi amor constante en prueba,
quiero abrazaros, Señor.
JESÚS. Judas, mis mejillas besa.
No ignoro, no, el agasajo

que tu amistad me reserva,
mas con mis labios recibe
mi perdón y tu vergüenza.

PEDRO. Por Dios que quiero probar
la fuerza contra la fuerza.
(A los soldados.)
Fariseos y soldados,
dominad tanta fiereza,
porque ni sois invencibles,
ni la audacia es sólo vuestra.
Canalla, atrás, ó por Dios
que hablaré de otra manera,
castigando cual merecen
vuestras insignes proezas.
Atrás, canalla, os he dicho.
(Malco va traidoramente á arrojarse sobre Jesús.)
Mas... ¿qué miro?... ¡Malco! Sea.
Recibe con este golpe
el premio de tu bajeza.

MALCO. ¡Ay de mí!

JESÚS. (Interponiéndose.) Detente, Pedro.

MALCO. ¡Cielos!

PEDRO. (A los discípulos Juan y Jaime.)
Le corté la oreja.

JESÚS. Ay del que á hierro matare,
que á hierro es justo que muera.
Vuelve tu espada á la vaina,
que lo que tu arrojo intenta
es locura ó afición
al horror de la pelea.
Nunca mi consejo olvides.
Medítalo bien, y piensa
que ha de cumplirse el decreto
de nuestro santo Profeta.
(A Malco.)
Tú, Malco, ven, que mi Padre
tal poder puso en mi diestra,
que he de curarte.

MALCO. Señor...

JESÚS. Sana, y en tus ayes cesa.

MALCO. Señor, la salud te debo,
y te pago con la cuerda.
(Se arroja á él y le ata.)
Preso estás.

JESÚS. ¡Desventurados!
¡A la clara luz se cierran
vuestros ojos, gente ilusa!

¡A qué precipicio os lleva
vuestra furia, con el arma
de su hipócrita ceguera!

BENJAMÍN. Haced que calle el traidor,
si no arrancadle la lengua.

ABDARÓN. ¡A la ciudad!

BENJAMÍN. ¡Pronto!

MALCO. En marcha,
ilustre Rey de Judea.

ABDARÓN. A Pilatos.

BENJAMÍN. Al Pretor,
á pedirle su sentencia.

FIN DE LA JORNADA TERCERA

JORNADA CUARTA

Los jueces

PERSONAJES

Jesús.
Pilatos.
Pedro.
Caifás.
Anás.
Abdarón.
Benjamín.
Malco.
Una mujer (*Moza de Pilatos*).
Gamaliel.
Joab.
Judas.
Centurión.
Luzbel.
Testigos 1.° y 2.°

GENTE DEL PUEBLO Y SOLDADOS, ETC.

Salón en casa de Anás: en el fondo un balcón

ESCENA PRIMERA

ANÁS, asomado al balcón

ANÁS. ¡Cuánto tardan! Si ese hombre
se escapa de nuestras manos,
entonces, ¡ay de Tiberio!
Pero no, que mis soldados,
aunque el abismo lo esconda,
bajarán allí á buscarlo.
Uno ha de morir por todos,
Caifás lo ha profetizado:
la sangre de Jesús corra,

y con ella nos salvamos.
La nueva ley que predica
hondas raíces va echando
en el seno de esta plebe
que le tiene por oráculo.
Hierba maldita que creces
las plantas envenenando,
yo tus fecundas raíces
arrancaré por mi mano.
Mas... ¿no son ellos?... ¡Oh dicha!

ESCENA II

ANÁS, JESÚS, MALCO, BENJAMÍN, ABDARÓN y SOLDADOS por la derecha

ABDARÓN. Anás, aquí tus soldados
te traen al delincuente.
ANÁS. Seas, Jesús, bien llegado.
MALCO. Este es el falso Profeta
que ante el necio populacho
por Hijo de Dios vendiéndose
olvida...
ANÁS. Silencio, Malco.
(Anás se adelanta hasta colocarse delante de Jesús, le mira un rato, y dice:)
Jesús, la ciencia trazada
tiene una línea, y los sabios
cuentan que, al llegar á ella,
se estrella el saber humano,
pues el saber de los hombres
nunca pudo hacer milagros.
Cuentan de tí que los haces;
mas sólo al pueblo le es dado
creer las necias patrañas
que inventan tus torpes labios.
Yo sus hablillas desprecio,
y á creerlas no me allano.
Dicen también que en el templo
y en la plaza has predicado
una doctrina y ley nueva,
que de la plebe los ánimos
enardeció, hasta tal punto,
que en su delirio insensato
por Hijo de Dios te tiene
y por su Rey te ha aclamado.

Yo tu doctrina y tu ley
oir quiero de tus labios.
Responde, pues, y no olvides
que es mi súplica mandato.

JESÚS. Las palabras que en el templo
y en la plaza he predicado,
verdades divinas son
que de los cielos bajaron.
Vuestro Dios, mi Santo Padre,
es el que habla cuando os hablo,
pues Jesús, sin orden suya,
nunca despega los labios.

MALCO. Predicador embustero,
ya que olvidas, insensato,
que te hallas en la presencia
de Anás, ínclito Prelado,
toma, insolente, que honrada
deja tu faz esta mano.

(Le da una bofetada. Jesús baja la frente. Luego le mira compasivo, y le dice:)

JESÚS. Amigo, ¿dirásme en qué
mis palabras te agraviaron,
para que mi rostro así
cruel maltrate tu mano?
Tu herida curé en el huerto;
¡cuán pronto lo has olvidado!
Pues que mi Padre en los cielos
decretó mi muerte, Malco,
yo de tu mano recibo
humildemente el agravio.

ANÁS. ¡Ea, basta de razones,
pues ya de oirlas me cansa!
Caifás juzgue al criminal,
que es Pontífice este año,
y allí resolver podemos
lo que convenga. ¡Abrid paso!

(Anás pasa delante. Luego Jesús, Malco, Abdarón, etc. Vanse todos.

Mutación.—Salón en casa de Caifás

ESCENA III

Salen por la derecha JESÚS, ANÁS, MALCO, ABDARÓN, BENJAMÍN y SOLDADOS. Por la izquierda GENTE DEL PUEBLO, entre ellos ESCRIBAS y FARISEOS

ANÁS. Benjamín, al gran Pontífice
le dirás que le aguardamos.
(**Váse Benjamín.**)
Dime, Abdarón, ¿los testigos
que te encargué, se encontraron?
ABDARÓN. Sí.
ANÁS. ¿Son hombres decididos?
ABDARÓN. Los únicos para el caso,
que á más de ser enemigos
de Jesús, aleccionados
por mí, lo que más convenga
responderán sin empacho.

ESCENA IV

DICHOS, CAIFÁS, BENJAMÍN

ANÁS. Dios salve al sabio Pontífice.
CAIFÁS. Salud, nobles ciudadanos.
ANÁS. Este que aquí te traemos
es Jesús, Profeta falso;
la plebe torpe, ignorante,
llegó á elevarle tan alto,
que al dejarle sin castigo
á nuestro deber faltamos.
Su doctrina á Dios ofende
y al emperador Romano.
Júzguele, pues, nuestra ley
ya que nuestra ley ha hollado.
CAIFÁS. Sabios Rabinos, Doctores,
mi deber es escucharos,
y aunque conozco los crímenes
que cometió ese malvado,
cuando más grande el delito,
menos puede echarse el fallo,
sin que acrediten testigos
las culpas del acusado.

A mí venga si hay alguno,
que puede hablar sin reparo.

ABDARÓN. Señor, estos Fariseos,
los crímenes presenciaron
de Jesús, y están dispuestos
á declarar.

CAIFÁS. (A los testigos.) Acercáos.
No ignoráis que nuestra ley
condena al testigo falso
á sufrir la misma pena
que se impuso al acusado.
Reflexionad las palabras,
y no olvidéis, ciudadanos,
que asunto no es de dinero,
que puede ser reparado.
Rumores ni conjeturas
ni valen si son del caso,
pues del testigo el Juez sólo
la verdad quiere en los labios.
Si siendo inocente á este hombre
condena vuestro relato,
caerá sobre vosotros
su sangre: reflexionadlo.
Dios os ha de pedir cuenta:
por boca de Dios os hablo;
cual de la sangre de Abel
le pedió á Caín su hermano.

TESTIGO 1.° Sólo diré la verdad,
ya que soy interrogado.

(Dos Fariseos se aproximan á Caifás.)

CAIFÁS. Habla tú, pues me pareces
de los dos el más anciano.

FARISEO 1.° Ese hombre ha dicho que el templo
de Salomón, con su hálito
puede derribar, y puede
en tres días levantarlo.
Dice también que su carne
es el pan glorificado
que han de comer los mortales,
y que su sangre es el bálsamo
qua descendió de los cielos
para lavar el pecado.
Que Dios y El son uno mismo,
aunque distintos entrambos,
y que tiene de los hombres
vida y fortuna en sus manos.
Lo que oyeron mis oídos

han repetido mis labios.

FARISEO 2.° Jesús en el templo dijo
no estaba el día lejano
en que mil nubes de fuego
cruzarían los espacios;
que en ellas vendría Dios,
y El á su diestra sentado;
que la gran Jerusalén
con sus templos y palacios
en escombros convertida
sería el furor del rayo;
que los muertos en sus tumbas,
nueva vida recobrando,
saldrían á presenciar
el universal espanto.
Al escuchar sus palabras
todo el pueblo horrorizado,
por Hijo de Dios y Rey
le aclamó, y ante su paso
arrojó palmas y flores
con estúpido entusiasmo.
Lo que he visto, lo que he oído
sólo dije en mi relato:
juzgarle, si es criminal,
á tí te toca. He acabado.
(Pausa.)

CAIFÁS. Ya oiste la acusación;
responde en tu desagravio.
(Pausa.)
En poco tienes tu vida
permaneciendo callado.
(Pausa.)
Advierte, Jesús, que está
tu salvación en mi mano.
(Pausa.)
¿Olvidas que tu silencio
tu puede costar muy caro?
Respóndeme á esta pregunta,
que en nombre de Dios te hablo.
¿Eres tú el Hijo de Dios,
el Mesías anunciado?

JESÚS. Caifás, la verdad has dicho,
y ahora os repite mi labio
que, Hijo de Dios, á su diestra
todos me veréis sentados.

CAIFÁS. ¡Blasfemo! ¡A injuriar te atreves
de ese modo el nombre sacro

de tu Dios! Ten esa lengua,
ó aquí mismo te la arranco.
Fariseos, al momento
llevadle á Poncio Pilato,
y él juzgará cual merece
el crimen de este insensato.
(Vanse todos por la derecha.)

Mutación.—Sala en casa de Pilatos

ESCENA V

Óyense gritos en la calle, y poco después sale PILATOS

PILATOS. Hola, mi Centurión. (Sale éste.)
¿Por qué alborota
al pie de mis balcones ese pueblo?
¿Cuál es la causa que á turbar le incita
con sus innobles gritos mi sosiego?
CENT. Señor, entre esa plebe confundidos
vienen los Sacerdotes del Consejo.
Jesús de Nazareth unos soldados
traen también en calidad de preso.
Entrar en tu palacio pretendían
sin esperar tu venia; yo me he opuesto,
y entonces, con estúpidas blasfemias
llegar á tu presencia me pidieron.
PILATOS. ¿Qué es lo que piden, Centurión?
CENTURIÓN. Justicia.
PILATOS. Jamás á nadie la justicia niego.
Abre las puertas del palacio, y diles
que en esta sala con afán espero.
(Vase el Centurión.)
Voluble plebe que á Jesús un día
elevaste en tus hombros, y hoy rugiendo
su muerte pides y el pasado olvidas,
yo tu clamor estúpido desprecio.

ESCENA VI

PILATOS, JESÚS, CAIFÁS, ANÁS, ABDARÓN, BENJAMÍN, MALCO y SOLDADOS

CAIFÁS. Salud, noble Pilatos, paz y dicha
por largos años para tí deseo.

ANÁS. El cielo colme de divinos dones
al sucesor invicto de Tiberio.

PILATOS. Salud, nobles Prelados. ¿A qué la honra
de veros hoy en mi morada debo?

CAIFÁS. Este que ves aquí, Jesús llamado,
hijo de un miserable carpintero,
predicando una ley desconocida
sembró la confusión en nuestro pueblo,
y anatemas sacrílegos lanzando,
Hijo de Dios se intituló soberbio,
y en mengua y deshonor de nuestro César,
le aclaman por su Rey los Fariseos.

ANÁS. Tú ya sabes, Pilatos, que las leyes
que rigen los dominios de este imperio
sentencian á morir en el suplicio
al malhechor que insubordina al pueblo,
y á la sagrada majestad del César
no le rinde el debido acatamiento.
El crimen de Jesús es ese crimen.
El sabio Emperador puso el gobierno
de Judea, al partir, entre tus manos.
Cumple con tu deber. He aquí al reo.

PILATOS. El que á la augusta majestad no acata,
morir es su destino; mas no encuentro
en los delitos de Jesús motivo
para que sienta de la ley el peso.

CAIFÁS. Sin duda á tus oídos no llegaron,
noble Pretor, los criminales hechos
que obró Jesús, ni las patrañas torpes
que en su imprudencia predicó en el templo.

PILATOS. Nada ignoro, Caifás, y por lo mismo
á un inocente castigar no puedo.

CAIFÁS. Noble Gobernador, nadie en Judea
desconoce los crímenes horrendos
que ese hombre cometió; si tú le amparas,
nuestras justas querellas desoyendo,
si le das libertad, piensa que un día
á nuestros lares tornará Tiberio,
y al saber que hubo un hombre en sus estados
que contagió la plebe con su aliento,
que Hijo de Dios se apellidó sacrílego,
que quiso destruir su augusto imperio,
cuentas te pedirá, pero nosotros
«¡Pilatos le salvó!» contestaremos.

PILATOS. Ten la lengua, Caifás, y no te olvides
que aquí en Jerusalén yo represento
la persona del César, y amenazas,

ni te están bien á tí, ni yo tolero.
Siempre Pilatos respetó las leyes;
jamás la torpe adulación ó el miedo
le hicieron vacilar. ¿Queréis justicia?
Pues bien, dejadme interrogar al reo.
(Se aparta á un lado del teatro con Jesús, y le dice á media voz:)
Jesús de Nazareth, si has escuchado
tu acusación, ¿por qué guardas silencio?
Aún salvarte tus palabras pueden;
defiéndete, Jesús, yo te lo ruego.
(Pausa.)
Si en tu defensa contestar no quieres
á los sabios Doctores, en secreto
te suplico tan sólo que me digas
si eres Hijo de Dios, cual dice el pueblo.

JESÚS. Tú lo dices, Pilatos, y en tu boca
santa verdad reverberando veo.

PILATOS. Sabios Rabinos, sumos Sacerdotes,
á sentenciar á este hombre no me atrevo.

CAIFÁS. Piensa, Pilatos, que á la ley ofendes.

ANÁS. Ese hombre ha de morir.

BENJAMÍN. Es un perverso.

MALCO. Un hipócrita infame.

CAIFÁS. Un fementido,
que blasfemó de los divinos cielos.

PILATOS. Basta, señores; por la vez postrera
á interrogar al criminal me avengo.
(Pilatos habla con Jesús.)

CAIFÁS. Bien conocéis, señores, que Pilatos
salvar quiere á Jesús.

MALCO. Vano es su empeño.
Jesús ha de morir.

CAIFÁS. A pesar suyo
al suplicio al infame arrastraremos.
(Pilatos se aparta de Jesús y dice:)

PILATOS. Doctores y Rabinos, la sentencia
contra este hombre pronunciar no puedo;
á Herodes sólo decidir le toca;
Jesús de Nazareth es galileo;
El manda en Galilea; si es que os place,
al Tetrarca llevadle, Fariseos. (Váse Pilatos.)

CAIFÁS. Benjamín y Abdarón, á casa Herodes
sin más tardanza conducid al reo.
(Vánse todos.)

Mutación.—Patio en casa de Pilatos

Al fondo una escalera ancha y practicable, al pie de la cual habrá un brasero de metal. Pedro está calentándose; gente del pueblo paseando, entre ellos la moza de Pilatos, Gamaliel y Joab.

ESCENA VII

PEDRO, MOZA, GAMALIEL, JOAB, GENTE DEL PUEBLO

JOAB. Mira, por esa escalera
ha de bajar, esperemos.
GAMALIEL. ¿Y crees tú que Pilatos
le salvará...?
JOAB. No lo creo,
que es Caifás muy testaruro,
y ha tomado con empeño
la perdición de Jesús.
MOZA. Dios os guarde, Fariseos.
¿Sabréis decirme quién es
el que está junto al brasero?
JOAB. No le conozco.
GAMALIEL. Ni yo.
PEDRO. (¿Por qué con tenaz empeño
fijan en mí sus miradas
esos hombres? Mucho temo
no me hayan reconocido.)
MOZA. Pues yo, si mal no recuerdo,
le he visto en alguna parte.
PEDRO. (Al disimulo apelemos,
que en lances como éste, suele
ser acusador el miedo.)
MOZA. Pues para salir de dudas
voy á hablarle. Hola, buen viejo,
¿qué haces ahí retirado?
PEDRO. Hija mía, siempre el fuego
fué amigo de la vejez,
que cuando es crudo el invierno,
dulces las horas se pasan
junto al calor del brasero.
MOZA. Yo te he visto, y no sé dónde.
PEDRO. Puede ser; ¿qué extraño es eso?
MOZA. A discípulo de Cristo
me hueles; ¿qué tal, acierto?
PEDRO. Goce de mala salud
si conocí á ese sujeto.
MOZA. La turbación de tus ojos,

anciano, te está vendiendo.
De Jesús de Nazareth
á que eres amigo apuesto.
En el habla se conoce
que eres, como El, galileo,

PEDRO. Te juro que no conozco
á ese hombre.

UNO. Pues yo recuerdo
haberte visto con El
en la ciudad y en el huerto.

PEDRO. Amigos, nunca le he visto
ni conocerle deseo,
dejadme pues calentar
en santa paz y sosiego,
y si no basta lo dicho,
juro por el Dios del cielo,
que si le he hablado en mi vida
sea maldito mi cuerpo.

(Canta el gallo.—Pedro se levanta demostrando el terror, y se refugia en el proscenio, quedando abismado hasta que lo indican los versos.—En este momento se ven bajar por la escalera del fondo á Jesús, Caifás, Anás, Abdarón, Benjamín, Malco y soldados.—Toda la gente del pueblo se agrupa al pie de la escalera; cruzan toda la escena, y desaparecen por la derecha.—Pedro queda solo.)

ESCENA VIII

PEDRO

PEDRO. ¡Ay mísero de mí! ¿Por qué, Dios mío,
un rayo de tu cólera no lanzas
que torne en polvo vil al miserable
que de negarte cometió la infamia?
Del gallo acusador el fatal canto
con mi conciencia criminal batalla,
y el corazón rompiéndose en pedazos
parece que del pecho se me escapa.
En confuso tropel por mi cerebro
giran en confusión negros fantasmas,
zumbando sin cesar en mis oídos
el grito de su ronca carcajada.
¡Apartad! ¡Apartad! Soy un blasfemo,
un perjuro, un traidor: mi lengua insana,
por miedo á una mujer, negó al que un día
cariñoso á su lado se sentaba.

¡Réprobo miserable! El orbe entero
por tu baldón te escupirá á la cara.
¡Renegado maldito! ¿Dónde ahora
ocultarás tu oprobio, que no vaya
la maldición contingo, aunque te ocultes
en las desiertas rocas de la Arabia?
Allí el remordimiento irá á buscarte,
porque en tu pecho tiene su morada.
Perdón, perdón, Dios mío, tú eres bueno;
mira, pues, mi dolor, mira estas lágrimas;
ellas la imagen son de la tortura
que el corazón arrepentido exhala.
Tú que benigno al afligido acoges,
tú que los males del que sufre calmas,
y sobre el hombre, de tu imagen copia,
bienes sin cuento tu bondad derrama.
Oye mi voz, que hacia tu imperio sube
á pedirte perdón. Llena de gracia,
y hacia este ser que arrepentido llora
vuelve, Señor, tu celestial mirada.
Vuélvela por piedad, vuélvela, y torna
á mi agitado espíritu la calma.

(Pedro apoya la cabeza en las manos y desaparece precipitadamente por la derecha.)

Mutación.—Valle rodeado de rocas

En el fondo el tronco de un saúco.

ESCENA IX

JUDAS aparace sentado sobre el pico de una peña; despnés de un momento de pausa baja á la escena, y lanzando una mirada en derredor, dice:

JUDAS. De estas desiertas rocas la aspereza
bien á mis negros pensamientos cuadra,
que en esta soledad, al menos puedo
de tí quejarme, Providencia ingrata.
Díme, ¿por qué, remordimiento, oprimes
mi corazón con tus sangrientas garras?
Y tú, supremo Creador, que hiciste
el dilatado mundo de la nada,
tú, que puedes verter sobre nosotros
toda felicidad, ¿por qué no acallas
el grito aterrador de la conciencia

que en mi podrido corazón batalla?
Jamás creído hubiera que en mi cuerpo
espíritu tan pobre se abrigara;
la culpa es tuya, Providencia; ¿cuándo
la vida te pedí? Mas tú, madrastra,
me la diste, diciendo: «Te maldigo,
criatura infeliz, padece y calla.»
(Oyese un trueno y aparece Luzbel, vestido de anciano, al lado de Judas.)

ESCENA X

JUDAS y LUZBEL

LUZBEL. Judas, tienes razón, Dios es injusto.
JUDAS. ¿Quién eres tú? ¿Qué quieres? ¿Quién te llama?
LUZBEL. Tu amigo soy, y á consolarte vengo.
JUDAS. Ni imploro tu amistad, ni me hace falta.
Déjame, pues, anciano.
LUZBEL. Escucha, y luego,
si es que te place, mi amistad rechaza.
El aliento de Dios conduce al hombre
al borde del abismo; si le agrada,
en el fondo le arroja con desprecio,
ó bien le acoge y cariñoso aparta.
El, pues, la culpa de tu culpa tiene,
pues viendo que á tus solas meditabas
vender á tu Maestro, indiferente
dejó que el negro crimen perpetraras,
y pudiendo salvarte, hacia el abismo
te vió marchar y te volvió la cara.
JUDAS. Tienes razón, anciano. Mas, ¿quién eres,
que, al escuchar tus mágicas palabras,
siento que altivo el corazón me late
y recobra mi espíritu su audacia?
LUZBEL. Soy un ser como tú, que vaga errante
buscando en vano la perdida calma.
Ahora responde: ¿mi amistad aceptas?
JUDAS. Con todo el corazón.
LUZBEL. (Mía es su alma.)
Esta es mi mano, pues. (Se dan las manos.)
JUDAS. (Estremeciéndose.) Y ésta es la mía. .
¡Suelta, viejo maldito, que me abrasas!
LUZBEL. (Sin soltarle, y mirándole fijamente.)
¡Ya eres mío!
JUDAS. (Pugnando por desasirse.)
¿Quién eres, dí? responde:

el pecho tu sonrisa me desgarra.
LUZBEL. Soy el remordimiento; mi ponzoña
por tu maldita sangre se derrama,
y el corazón en fuego te convierte
la penetrante luz de mis miradas.
JUDAS. ¡Suelta, suelta, que el fuego de tu mano,
ser maldito, devora mis entrañas!
LUZBEL. No, vil Judas, tu ruego fuera vano;
Luzbel te espera en su infernal morada.
Dios te abandonó, y á los abismos,
cual feto horrible, sin piedad te lanzas;
muere, pues, con valor. Desde esa roca
observaré impasible si te falta.
(Luzbel sube á lo alto del monte.—Siguen los truenos y relámpagos más continuados; el cielo se obscurece; Judas queda abismado, y lanzando una mirada en torno suyo, dice desesperadamente:—Pausa.)
JUDAS. ¿Qué es esto? Todo gira en torno mío;
un fuego ardiente el corazón me abrasa.
¿En dónde estás, Luzbel? Ven, no te temo,
quiero luchar contigo, no te vayas.
Yo te desprecio, te desprecio... llega,
la muerte y el infierno no me espantan.
Dios me abandona; ¿y qué? ¿Judas acaso
con la misma moneda no le paga?
Ven, pues, Satán. ¿Te ocultas? Tienes miedo.
Yo bajaré á buscarte á tu morada.
Abre las puertas, que á tu negro abismo
mi condenado espíritu se lanza
(Judas sube precipitadamente al monte, hace un lazo con la cuerda que lleva, y atándolo al tronco del saúco, se ahorca. En el momento se hunde el árbol, y Judas con él, tras de las rocas.)
LUZBEL. ¡Hijo de las tinieblas, recibidle,
y lanzad vuestra horrible carcajada!
(Luzbel desaparece. Se oye un estruendo de voces, crecen los relámpagos y los truenos.)

Mutación—El Infierno

Luzbel, abrazado á Judas, desciende por la bóveda, y vienen á caer en el centro de un baile infernal. En el momento unos bailan y otros cantan el siguiente

CORO

Luzbel nos trae al réprobo,
tormentos prevenid,

cantar, visiones hórridas,
espectros, sonreid.
En vuestras frentes lívidas
brilla infernal placer,
y al fuego con la víctima.
¡A la una! ¡A las dos! ¡A las tres!
(**Arrojan el cuerpo de Judas á las llamas dando chillidos atronadores. Cae el telón.**)

FIN DE LA JORNADA CUARTA

JORNADA QUINTA

La sentencia

PERSONAJES

JESÚS.
CAIFÁS.
ANÁS.
HERODES.
PILATOS.
BENJAMÍN.
ABDARÓN.
MALCO.
GAMALIEL.
JOAB.

GENTE DEL PUEBLO, SOLDADOS, MUJERES, SAYONES

ESCENA PRIMERA

Gran salón en casa de Herodes. Al fondo un trono, donde estará sentado Herodes. Dos soldados á derecha é izquierda. JESÚS, atado, y entre soldados. HERODES, en el trono. CAIFÁS, BENJAMÍN ABDARÓN y MALCO, á la derecha

BENJAMÍN. Salud, Rey de Galilea;
nuestro excelso Presidente
te envía este delincuente
para que juzgado sea:
y al darte este criminal
que tu castigo merece,
Poncio-Pilato te ofrece
su amistad franca y leal.

HERODES. Con su amistad quedo honrado,
que estimo en mucho el favor
que me concede el Pretor.

¿Y quién es el acusado?
CAIFÁS. Es este hombre galileo,
que por Mesías se aclama:
Jesús, cuyo nombre y fama
ya conoces, según creo.
HERODES. Mucho agradezco á fe mía
que me presentes á un hombre
cuya alta fama y renombre
mi curiosidad movía.
(Dirigiéndose á Jesús.)
Me han dicho que de tus labios
brotan raudales de ciencia,
que al ver tu rara elocuencia
absortos quedan los sabios:
que eres fuente de salud,
á cuyo divino acento
el cadáver macilento
abandona el ataúd:
que Hijo de Dios te apellidas,
y que en tu delirio loco,
teniendo al César en poco,
de acatar la ley te olvidas:
que el pueblo con ansiedad
á tus pies flores y palmas
arroja, pues diz que calmas
la voz de la tempestad;
y hay Fariseo que él mismo
dice que te ha visto andar
sobre la espuma del mar
sin hundirte en el abismo:
dicen que tu fe y doctrina
le da al hombre la esperanza
que ha de hallar en lontananza
la vida eterna, divina.
Si son tus milagros ciertos,
si calmas duelos y afanes,
si de un pan haces mil panes,
si das la vida á los muertos,
óyeme bien, galileo,
de tu poder y tu ciencia
ahora mismo en mi presencia
ver una prueba deseo,
y de responder bien cuida,
que soy tu rey, con que advierte
que puedo darte la muerte,
ó perdonarte la vida.
(Pausa.)

CAIFÁS. ¿Cómo ante un rey está mudo
un hombre que tanto sabe?
(Pausa.)

HERODES. Respóndeme, antes que clave
tu lengua sobre mi escudo.
(Pausa.)
¡Callas! Sólo un ignorante
contrariara mis deseos;
al momento, Fariseos,
quitádmele de delante;
pero ponedle primero
la túnica del demente,
(Le ponen una túnica blanca que sacan dos criados.)
y decidle al Presidente
que yo juzgarle no quiero,
ni las palabras escucho
de un mentecato, de un loco
que tiene, necio, en tan poco
lo que ha de tener en mucho.
(Váse Herodes por la izquierda. Jesús, Caifás, Benjamín, Abdarón y Malco por la derecha.)

Mutación.—Sala en casa de Pilatos

ESCENA II

Salen por la izquierda JESÚS, CAIFÁS, ANÁS, ABDARÓN, BENJAMÍN, MALCO y SOLDADOS

BENJAMÍN. ¡Hola! (Sale un escudero por la derecha.)
Dile á tu señor
que á Jesús le devolvemos.
(Váse el escudero.)

CAIFÁS. Es preciso que acabemos
con este embaucador.
Bastante mal nos causó
su perniciosa doctrina.

ANÁS. Si á perdonarle se inclina
Pilatos, nosotros no.

ESCENA III

DICHOS, PILATOS, por la derecha

PILATOS. Fariseos, por mi nombre
ya os juré en otra ocasión

que no encuentro una razón
para castigar á ese hombre.

CAIFÁS. Pues Herodes ha dispuesto
que dictes tú su sentencia,
y en prueba de su demencia
esa túnica le ha puesto.
Con que así, vea el Pretor
el castigo que merece.

PILATOS. El deshonor que padece
es el castigo mayor.
(¡Si yo pudiera salvarle!)
(**Habla con JESÚS en voz baja, y luego, colocándose en el mismo sitio que estaba, dice:**)
Amigos, le he interrogado,
y tan bien se ha disculpado,
que no puedo castigarle.

CAIFÁS. Su hiprocresía y maldad
también te engañó esta vez.

BENJAMÍN. Pilatos, tú eres su Juez;
júzgale, pues.

PILATOS. Escuchad.
Costumbre es inmemorial,
por todos bien conocida,
en día cual hoy, la vida
salvar de algún criminal.
Un asesino, un ladrón,
un malvado sin entrañas
preso está, cuyas hazañas
aun llora la población.
Para que nunca jamás
de mi rectitud dudéis,
decidme, salvar queréis
á Jesús, ó á Barrabás?

TODOS. A Barrabás.

PILATOS. Gente ilusa,
que así salva al delincuente,
y á Jesús, siendo inocente,
con ciego furor acusa.
¿Qué es lo que esperáis de mí?

CAIFÁS. A Barrabás absolvemos,
y que castigues queremos
á Jesús. ¿No es eso?

TODOS. Sí.

PILATOS. Es inocente, señores.

CAIFÁS. Ese nombre no merece
aquel que desobedece
la ley de nuestros mayores.

BENJAMÍN. Merece pena ejemplar
quien en mengua de Tiberio
se nombra Rey del Imperio.
PILATOS. Basta. Le voy á juzgar.
(No puedo salvarle; son
de roca sus corazones.)
¡Hola! (Sale el escudero.)
Avisa á mis sayones
al punto sin dilación.
En mi mismo patio quiero
sea Jesús amarrado
en un pilar, y azotado
á vista del pueblo entero.
Mas sabed quiero se escriba
que cumplo vuestros deseos.
Ahí lo tenéis, Fariseos.
CAIFÁS. ¡Viva el Presidente!
TODOS. ¡Viva!
(Váse PILATOS por la izquierda: los sayones se apoderan de JESÚS, que harán salir por la derecha bruscamente: detrás de éstos desaparecen todos.)

Mutación.—Patio en casa de Pilatos

Al segundo bastidor de la izquierda un balcón practicable de grandes dimensiones. Al fondo una verja. Al levantarse el telón aparece la escena llena de gente del pueblo. Jesús, Caifás, Abdarón; Benjamín, Malco y soldados. Estos últimos forman en el foro de modo que no se pueda ver como azotan á Jesús.

ESCENA IV

JOAB y GAMALIEL al proscenio

JOAB. Vamos á ver la función.
GAMALIEL. No, Joab, no quiero ir,
que para verle sufrir
no tengo yo corazón.
JOAB. Gamaliel, para *inter nos*,
dime, ¿de Jesús que opinas?
GAMALIEL. Sus milagros, sus doctrinas
dicen que es Hijo de Dios.
JOAB. ¿Algún rasgo peregrino
de él has presenciado?

GAMALIEL. Sí;
en unas bodas le ví
transformar el agua en vino.
JOAB. ¿Sabes que fué, Gamaliel,
un milagro sin igual?
Y qué ¿el vino era tal cual?
GAMALIEL. No se bebió como aquél.
JOAB. Pues en aquella jarana
no os daríais muy mal rato,
que vino bueno... y barato
se suele beber sin gana.
GAMALIEL. En Bethania también yo
ví con amor y ternura
que en la misma sepultura
vida á Lázaro le dió.
JOAB. Pues si todo eso es verdad,
cual creo piadosamente,
¿por qué nuestro Presidente
le trata con crueldad?
¡Ay! No merece á mi ver
se le trate de ese modo,
que aquél que lo puede todo,
Rey de todos debe ser.
GAMALIEL. Pues salvarle no podemos
y acatar la ley nos toca,
Joab, un punto en la boca,
y á rogar por él.
JOAB. Roguemos.

ESCENA V

DICHOS y PILATOS, al balcón

PILATOS. La ejecución suspended,
y que pongáis ahora quiero
en manos de un escudero
á Jesús de Nazareth.
(Se retira. Se abre la fila de soldados que está en el foro y sale Jesús, y los cuatro sayones cruzan la escena y desaparecen por la izquierda. Jesús lleva la corona de espinas y la capa corta.)

ESCENA VI

CAIFÁS, ABDARÓN, BENJAMÍN, ANÁS, MALCO y GENTE DEL PUEBLO, en la escena. Luego PILATOS y JESÚS, en el balcón

CAIFÁS. ¿Cuál su intento será? Por vida mía,
que si salvar al Nazareno intenta,
ha de costarle cara su osadía.
ANÁS. Jamás consentiremos tal afrenta.
PILATOS. (Desde el balcón, y presentando á Jesús.)
Del santo fuego de justicia lleno,
y odiando el corazón vuestros enojos,
al humilde Jesús, al Nazareno,
os vengo á presentar; alzad los ojos.
Limpio, inocente del atroz delito,
visto el proceso, en nombre de la ley,
de nuevo, ciudadanos, os repito:
ved á Jesús, mirar á vuestro Rey.
Ciudadanos, miradle maltratado.
Ecce-Homo, miradle; gota á gota
por los fieros sayones azotado,
sangre preciosa de su cuerpo brota.
Su frente las espinas han herido,
y en su pálido rostro la tortura
en un instante, ¡oh pueblo! ha conseguido
borrar de los humanos la figura.
Vedlo si no; miradlo, Fariseos;
y si en vosotros la piedad se encierra,
cúmplanse con los vuestros mis deseos,
libre dejadle recorrer la tierra.
¿Quién, ¡ay! no llorará, si ya su fuerza
se niega á sostenerle, y vacilando,
por más que su valor llama y esfuerza,
el suelo de los pies le va faltando...?
¿Quién ilustre Caifás, quién receloso
contemplando á Jesús, manso cordero,
será con los malvados generoso
é implacable con El, injusto y fiero...?
Si encontró el crimen en su pecho abrigo,
¿fué su delito tan atroz, tan grande.
para que el odio un ejemplar castigo,
más duro aún y más cruel demande?
No, Fariseos, no, que harto sufriera.
Dejadle abandonado á su destino;

salga de la ciudad, y por do quiera
ninguno le detenga en su camino.
CAIFÁS. Advierta el gran Pretor que este menguado
de su crimen en pago merecido,
hoy mismo debe ser crucificado,
por villano impostor, y fementido.
ANÁS. Digno es, Pilatos, de afrentosa muerte
quien nuestra ley de falsedad arguye.
ABDARÓN. El hombre que con voz robusta y fuerte
se acerca á nuestro templo y le destruye,
ni un solo día en este suelo aliente.
CAIFÁS. El árbol de la cruz temple su orgullo.
BENJAMÍN. Muera, Pilatos.
CAIFÁS. Sí; baje la frente
del pueblo entre el desprecio y el murmullo.
PILATOS. Calmad vuestros rencores, ciudadanos.
El rigor de la ley no le condena,
pero entrego á Jesús en vuestras manos:
aplicad, si queréis, la inicua pena.
Mas yo le interrogué; sereno el labio
tales palabras dijo en mi presencia,
que fuera su condena infame agravio,
y un oculto puñal en mi conciencia.
Si de verter su sangre estáis sedientos,
el Pretor os le entrega, sí; juzgadle,
y á la crueldad de vuestra ley atentos,
si os place tal rigor, crucificadle.
CAIFÁS. Al gran Tiberio toca únicamente
juzgar y sentenciar, y en nombre suyo
incumbe este deber al Presidente.
PILATOS. Con tus mismas palabras yo te arguyo.
Ni el altivo Pretor, ni vuestras leyes
pueden tanto, Caifás, que con su imperio
huellen la majestad de vuestros reyes.
CAIFÁS. ¿Y quién es aquí el rey?
PILATOS. ¡Jesús!
CAIFÁS. ¡Tiberio!
ANÁS. Todos en él al César respetamos.
BENJAMÍN. Y á su enviado en tí reconocemos.
CAIFÁS. En su nombre á juzgar te conjuramos,
ó bien como traidor te acusaremos.
PILATOS. ¡Amenazas á mí... no las tolero!
ABDARÓN. Mostrándote, Pilatos, tan remiso
á nuestro labio por demás sincero,
hablar con amenazas fué preciso.
CAIFÁS. Decida ya el Pretor.
PILATOS. (Vacilando.) (¡Oh!)

CAIFÁS. ¿Se mantiene
tenaz tu voluntad...? Pues bien, nosotros
quejas elevaremos cual conviene
á nuestro emperador.
(Al pueblo.) Oid vosotros,
ciudadanos, oid: siendo testigos
de tanta iniquidad, ¿dejáis al preso,
al más fuerte de vuestros enemigos,
de vuestras manos escapar ileso...?

PUEBLO. ¡Oh, nunca, no!

CAIFÁS. Pedid por varios modos
la sentencia, la cruz para el malvado.
Sigue, pueblo, mi voz: gritemos todos
que nos dén á Jesús crucificado.

PUEBLO. ¡Sí, sí! ¡La cruz, la cruz!

PILATOS. Soy vuestro esclavo.
La sentencia daré.
(Llamando al escudero.) Hola.

CAIFÁS. (Hablando con los suyos.) Bien.

PILATOS. (Lavándose las manos.) Vedlo.
Pueblo, mis manos de este crimen lavo.
Doctores y Rabinos, comprendedlo.
La sangre de Jesús, del inocente,
llanto producirá, males prolijos;
mas vengan á caer sobre la frente
de vuestros caros é infelices hijos.

CAIFÁS. Sea.

PILATOS. Rabinos y Doctores, sea.
(Arrojándoles la sentencia.)
La sentencia tomad.—Por su delito
aquí murió Jesús, Rey de Judea,
dejad vosotros en el leño escrito.
Y en idioma latino y en hebreo,
y en el griego también así se escriba.

CAIFÁS. Así se escribirá.

PILATOS. Bien.

CAIFÁS. (Al pueblo.) ¡Muera el reo!

PUEBLO. ¡Muera!

CAIFÁS. ¡Viva Pilatos!

PUEBLO. ¡Viva, viva!

FIN DE LA JORNADA QUINTA

JORNADA SEXTA

La muerte de Jesús

PERSONAJES

JESÚS.
MARÍA.
MAGDALENA.
LA VERÓNICA.
JUAN.
CAIFÁS.
ANÁS.
DIMAS, buen ladrón.
GESTAS, mal ladrón.
CENTURIÓN.
LONGINOS.
HERALDO.
CIRINEO.
MUJERES 1.ª, 2.ª Y 3.ª
SOLDADOS 1.º, 2.º, 3.º Y 4.º

GENTE DEL PUEBLO, SOLDADOS, ETC.

Plaza de Jerusalén.—El pueblo en grupos, diseminado convenientemente por la escena.—Por el foro Jesús marchando al suplicio.—Al frente cuatro soldados con lanzas: ocho clarines tocan una marcha fúnebre.—El Heraldo.—Un sayón conduciendo atados y desnudos á los dos ladrones. JESÚS, cargado con la cruz, también atado, y conducido por otro sayón.—Siguen Anás, Caifás, Abdarón y Benjamín.—Dos filas de soldados con un Centurión cierran la marcha. Sigue el pueblo.—Cuando Jesús llega á estar en medio del teatro, suena el clarín del Heraldo, que hace callar al pueblo.—Breve pausa.—Luego desarrolla el pergamino en donde está escrita la sentencia, y con voz lenta y sonora lee el Heraldo.

ESCENA PRIMERA

JESÚS, cargado con la cruz, ANÁS, CAIFÁS, ABDARÓN, BENJAMÍN, DIMAS, GESTAS, CIRINEO, OFICIAL, HERALDO, CLARINES, SOLDADOS, SAYONES, PUEBLO.

HERALDO. Atención, ciudadanos. El gran César,
y el invicto Pilatos en su nombre,

la sentencia que sigue han pronunciado,
contra este malhechor, contra este hombre.
(Leyendo.)
«Por haber anunciado á los Escribas
caería en ruinas el sagrado templo
de Salomón, y por haber obrado
prodigios y milagros sin ejemplo:
porque llamarse osó Rey de Judea,
y se dijo el Mesías prometido,
y predicó insolente nuevas leyes
que á toda la ciudad han conmovido;
porque el tributo que se debe al César
llamó injusto y odioso, condenado
es á muerte en castigo de sus crímenes,
y hoy mismo ha de morir crucificado.
Lo que os he dicho los testigos juran
en el nombre de Dios: aquel que tenga
en pro del criminal que alegar algo
de los presentes, que á decirlo venga. (Pausa.)
Del calvario en la cumbre, la sentencia
va á cumplirse; acatadla, ¡oh ciudadanos!
Que así el Pretor lo ordena, porque el César,
la augusta ley depositó en sus manos.»
(Sigue la marcha. Jesús cae á una fuerte sacudida del sayón que le conduce. Queda arrodillado al querer levantarse.)

JESÚS. ¡Padre! ¡Oh mi Padre que en la gloria moras!
¡Oh Eterno Padre mío!
Puesto de hinojos y en sudor bañado
mira á tu humilde Hijo.
Mírale, resignado y amoroso
camina al sacrificio:
va, por el hombre, á derramar su sangre
cual cordero mansísimo.
Mírale, va á morir. Manchado el hombre
con su primer delito,
por salvarle es preciso que yo muera,
¡oh mi Padre! Es preciso.
Mira en mis hombros el pesado leño...
le transporto yo mismo,
pues sólo miro en él ¡oh Eterno Padre!
de redención el signo.
(Abrazándose á la cruz.)
Llega á mí, llega ¡oh Cruz! Yo no te temo;
cual mi esposa te miro,
y entre tus dulces brazos daré en breve
mi postrimer gemido.

Al fin logré encontrarte. Te he buscado
duros años prolijos;
siempre pensaba en tí, porque tú eras
mi objeto más querido.
¡Ven á mí! ¡Ven á mí! Quiero abrazarte,
¡oh leño sacratísimo!
y el ósculo de paz ¡oh amada esposa!
toma del labio mío.
¡Ay! ¡El hombre, por tí de su pecado
mortal, quedará limpio!
Por tí entrará en la gloria, que tú eres
llave del Paraíso.

SOLDADO 1.° Por Júpiter, ¿qué murmuras?

IDEM 2.° Parece que ha concluído.

IDEM 1.° ¡Eh! ¡Qué pesadez! Andando.

IDEM 2.° Pronto, arriba. Vamos listo.

(Tiran de los cordeles y le hacen levantar. Le cargan la cruz.)

JESÚS. ¡Oh momento feliz! Mira mi gozo,
¡oh Eterno Padre mío!
Tal placer me enajena al ver que llega
el fin de mi destino,
que si fuera paloma, hasta el Calvario
volára en raudo giro.

SOLDADO 1.° No ví un Rey más hablador.

IDEM 2.° Y valeroso se dijo...

(Jesús procura incorporarse y no puede; el sayón 2.° le ayuda.)

CAIFÁS. ¡Poco á poco! ¿No miráis?
La corona se ha torcido,
y es fácil pierda ese adorno;
ponédsela bien.

(Los soldados con el cuento de sus lanzas han apretado la corona á Jesús.)

¡Magnífico!
Es un Rey, y su corona
llevar debe hasta el suplicio.

ESCENA II

DICHOS, la VERÓNICA, atravesando por entre la multitud, y acercándose á Jesús

VERÓNICA. ¡Oh, mi Señor! Perdona,
que, viendo tu fatiga,
tus penas y dolores,

lamente compasiva.
¡Oh, mi Señor! Bien sabes
que por tu bien daría
cuanto soy, cuanto tengo,
mi corazón, mi vida.
(A los soldados.)
Sin duda las entrañas
tenéis de peña viva,
pues á piedad no os mueven
sus penas y fatigas.
¡Por compasión, dejadle,
no aumentéis sus desdichas
con esas duras cuerdas
que así le martirizan!
(Al pueblo.)
¡Madres que tenéis hijos,
mirad esta agonía,
que hace que salten rotas
del corazón las fibras!
En vano al sufrimiento,
Señor, te exhortaría,
pues santa mansedumbre
miro en tu frente escrita.
Mas, Señor, ¡cuál la sangre
corre por tus mejillas!
¡Cuál en sudor bañada
veo tu faz divina!
¡Oh, dolor sin ejemplo!
¡Oh, ingratitud impía!
Deja, mi Señor, deja
que esta tu sierva indigna
tu hermoso rostro enjugue
que el cansancio marchita.
Permite que mi toca,
aunque ruda, me sirva
para secar la sangre
preciosa y bendecida
que, surcando tu rostro,
mana de tus heridas.
(Limpia el rostro de Jesús con su toca, y queda impreso en ella su imagen.)
Mas, ¡cielos, qué prodigio!
¡Oh, rara maravilla!
¡En el lienzo grabada
quedó su cara misma!
¡Tal de sudor y sangre
bañada la traía!

De hoy más será esta toca
mi más cara reliquia,
y la tendré guardada
aquí toda mi vida.
¡Ay! Adiós, al dejarte,
voy de dolor transida,
y por la pena llevo
deshecha el alma mía.
(Váse la Verónica apresuradamente.)

CAIFÁS. Esperad. Por lo que miro,
el cansancio le aniquila.
Venga, pues, un Cirineo.

CIRINEO. Aquí estoy.

CAIFÁS. Pues bien, aprisa;
ayuda á llevar la cruz,
porque Cristo se fatiga.

CIRINEO. ¿Qué me darás?

CAIFÁS. Un denario.

CIRINEO. La paga es, á fe, cortísima;
pero, en fin... ¡vaya! algo es algo.
Vamos, pues.

CAIFÁS. La marcha siga.
(El Cirineo ayuda á Jesús á llevar la cruz: todos se marchan por el mismo orden que entraron.)

Mutación.—Casa pobre

ESCENA III

Salen por la izquierda LA VIRGEN MARÍA, MARÍA SALOMÉ, MARÍA JACOBE, MARÍA MAGDALENA, y luego JUAN

MAGDAL. Muestra, Virgen sagrada,
la faz serena;
cese tu amargo llanto,
cese tu pena;
siendo inocente,
no han de ser tan impíos
que le den muerte.

MARÍA. ¡Cómo mostrar alegre
puedo el semblante,
si de su muerte miro
cerca el instante!
Si El es mi gloria,
¿cómo borrarlo puedo
de la memoria?

Por redimir al hombre
que le ha afrentado,
perecerá mi Hijo;
¡Dios lo ha mandado!
Y en el suplicio,
será el manso cordero
del sacrificio.
Soy Madre, y á perderle
no me resigno,
aunque su muerte sea
precioso signo,
donde mañana,
vea el mundo creyente
la fe cristiana.
Pura, cual la de un ángel,
es su sonrisa,
inofensiva y dulce
como la brisa,
y es su mirada
dulce como las tintas
de la alborada.
(En este momento aparece Juan por la derecha. La Virgen da un grito y se dirige á él precipitadamente.)

ESCENA IV

DICHOS y JUAN

MARÍA. Juan, tu aspecto me asusta:
¿y el Hijo mío?
JUAN. Al suplicio camina.
MARÍA. ¡Oh! pueblo impío,
ingrato, fiero.
¡Ay! ténme, Magdalena,
porque yo muero.
(Cae en brazos de Magdalena.)
MAGDAL. Para llorar contigo,
siempre á tu lado
tendrás á Magdalena.
MARÍA. ¡Hijo, Hijo amado!...
JUAN. Tu angustia fiera
calma, y vamos á verle
antes que muera.
MARÍA. ¡El morir, El, Dios mío!
suerte funesta...
Mátame á mí primero,

nada te cuesta:
y he de perderle...
¡ah! corramos, corramos,
anhelo verle.
(Vánse todos por la derecha.)

Mutación.—Vista de Jerusalén

ESCENA V

(Salen por la izquierda MUJERES 1.ª, 2.ª y 3.ª Por la derecha empieza á salir la comitiva que acompaña á Jesús al Calvario.)

MUJER 1.ª Miradle, ya aquí se acerca;
la cruz pesada en los hombros,
con la sonrisa en los labios
y lágrimas en los ojos.
MUJER 2.ª Baña el sudor de la muerte
su semblante bondadoso.
¿Impíos, por qué os gozáis
en atormentarle todos?
MUJER 3.ª ¡Cómo ha de verle una madre
ir al suplicio afrentoso,
con los párpados enjuntos
y la alegría en el rostro!

ESCENA VI

DICHAS, JESÚS, con su acompañamiento

(En este instante llega JESÚS delante de las mujeres, y cae. Ellas se arrodillan.)
MUJER 1.ª Manso Cordero, ¡Dios mío!
recibe el llanto copioso
que surca por mis mejillas,
y que por ofrenda pongo
á tus pies, de la amargura
que en mi corazón sofoco.
JESÚS. Mujeres, no lloréis; guardad el llanto,
guardad vuestra agonía
para el fatal instante
en que llenas de espanto
veréis la noche en la mitad del día.
De los males prolijos
que anuncia Dios, la hora se aproxima;

llorad, llorad por vuestros pobres hijos,
pues ni uno habrá que de morir se exima.
Cuando en aquel fatídico momento
la madre estreche el cuerpo inanimado
del hijo idolatrado,
queriendo darle vida con su aliento,
al ver que el alma de su alma lidia
con las duras congojas de la muerte,
á la mujer estéril tendrá envidia;
maldecirá su suerte.

MUJER 1.ª La muerte es preferible
si es cierto lo que auguras.

MUJER 2.ª No nos dejes, Dios mío, si es posible,
ver tales desventuras.

SAYÓN. Ya me canso de oirte; punto en boca,
y en marcha ya, que la distancia es poca.
(Los sayones levantan bruscamente á JESÚS y le obligan á seguir la marcha, desapareciendo todos por la izquierda, menos las tres mujeres.)

ESCENA VII

MUJERES 1.ª, 2.ª y 3.ª, LA VIRGEN MARÍA, MAGDALENA, JUAN, LAS DOS MARÍAS

JUAN. El bélico gemido
que la trompeta lanza,
dice que el Hijo tuyo
cerca de aquí se halla,
María, de su muerte
la hora está cercana;
el paso redoblemos.

MARÍA. Juan, el valor me falta.
Tantas y tantas penas
mi corazón desgarran.
(Repara en las tres mujeres, que están en un extremo del teatro. Se dirige precipitadamente á ellas, y les dice con doloroso acento:)
Mujeres, ¿habéis visto
al Hijo de mi alma?

MUJER 1.ª Hace poco, señora,
que de pasar acaba.

MARÍA. Si sois madres, si os duele
el llanto que derrama
mi corazón herido,
decidme sus palabras,

contadme sus dolores,
que á mi alma enamorada
poco le pareciera
si un siglo de él le hablárais.

MUJER 1.ª La cruz pesada al hombro,
la faz desencajada,
humilde sin quejarse
hacia el suplicio marcha.

MUJER 2.ª Impíos los sayones,
con aspereza apartan
á aquel que condolido
de consolarle trata.

MARÍA. Há poco en una calle
ante sus pies postrada,
pedíles que un instante
hablarle me dejaran.
Mas, ¡ay! todo fué en vano,
que esa gente inhumana,
gozando en mi amargura,
rióse de mis lágrimas,
y con feroz desprecio
escarneció mis ansias.
Gózate, pueblo impío,
gózate en mi desgracia,
y vé á mirar cuál muere
el alma de mi alma,
la esencia de mi vida,
la luz de mis miradas.
Y tú, Dios poderoso,
que el universo abarcas
con el destello santo
de tu inmortal mirada,
mi desconsuelo mira,
y un rayo de tu gracia
de tu celeste imperio
sobre esta madre lanza.
(Óyese una trompeta á lo lejos.)
¡Ay! La fatal trompeta
dice que lejos se halla;
corramos al Calvario
antes que muerto le hayan.
(Vánse todos por la derecha.)

Mutación.—Monte Calvario

ESCENA VIII

Sale por el foro derecha el acompañamiento de Jesús al son de la marcha fúnebre. Por la izquierda GENTE DEL PUEBLO, CAIFÁS y ANÁS. Los soldados se forman á la izquierda del monte. JESÚS cae en la falda del Calvario, y los sayones lo arrastran hasta la cumbre.)

CENTUR. Pueblo judáico, escucha. El Presidente
que el regio trono de Tiberio ocupa,
ordena que en la cumbre del Calvario
los dos ladrones y Jesús sucumban.
Las cruces elevad. Jesús en medio,
y los ladrones á distancias justas
colocaréis. Soldados pretorianos,
que los sayones la justicia cumplan.
(Los soldados desnudan á Cristo ,empezando la ceremonia de clavarle en la cruz.)

CAIFÁS. Terco estuvo Pilatos.

ANÁS. Poco importa,
siendo la muerte de Jesús segura.

CAIFÁS. Sin embargo, la gente venidera
pudiera acriminar nuestra conducta.

ANÁS. Deja el recelo mujeril, que ahora
tu pensamiento sin razón ofusca.
La ley le sentenció; vive tranquilo,
que aunque algún día su inocencia luzca,
sólo al Pretor que la sentencia firma
de lo pasado le echarán la culpa.

ABDARÓN. Desde aquí, Benjamín, podemos verle.

BENJAMÍN. Si El es Hijo de Dios, Dios en su ayuda
debe venir, para calmar sus males
y endulzar de su muerte la amargura.

CAIFÁS. Mira, ya el cuerpo de Jesús tendido
sobre la cruz está; su rostro anuncia
que el valor no le falta.

BENJAMÍN. Ya una mano
rasga del clavo la acerada punta.

ANÁS. Atado el otro brazo de una cuerda,
para hacerle prestar le descoyuntan.

CAIFÁS. Los pies le clavan, y la cruz se agita
al estertor horrible de su angustia.

BENJAMÍN. A los ladrones y á Jesús elevan.

ABDARÓN. Su faz la sangre y el sudor inundan.

CAIFÁS. ¿No ves una mujer que entre el gentío
abrirse paso con afán procura?
Pues es la Madre de Jesús, que al Hijo
de sus entrañas afanosa busca.

ESCENA IX

DICHOS, LA VIRGEN, MAGDALENA, LAS DOS MARÍAS, y JUAN

(La Virgen lanza un ¡ay!, y subiendo precipitadamente al Calvario, se abraza á la cruz, cayendo de rodillas.)

MARÍA. Hijo de mis entrañas, mi ventura,
arca bendita do mis bienes moran,
al contemplar tu bárbara tortura
sangre los ojos de tu madre lloran.
¿Y eres tú aquél que sonrió inocente
en mi regazo maternal un día,
á cuyos pies los Reyes del Oriente
derramaron inciensos á porfía?
¡Ay, que al mirar el bárbaro tormento
que el hombre impío contra tí desata,
quisiera oir tu doloroso acento
para calmar la angustia que me mata!
JESÚS. María, escucha. Pues que muy en breve
Madre serás del Universo entero,
cuando al cielo mi espíritu se eleve
á Juan que tomes por tu hijo quiero.
JUAN. ¡Cuándo tal honra merecí, Dios mío!
JESÚS. Tengo sed.
SAYÓN. ¡Hola! ¿Sí...? El agua está escasa;
el sudor bebe de tu rostro impío.
MARÍA. Dádsela por piedad.
JESÚS. La sed me abrasa.
MARÍA. ¿Será verdad que el Dios omnipotente,
dueño y Señor de cuanto el orbe encierra,
por cuya voluntad brota el torrente
de las entrañas de la madre tierra,
el Rey excelso que el ancho espacio
á impulsos de su gran sabiduría,
entre nubes de cánar y topacio
del sol fecundador los rayos guía;
aquél, por cuyo aliento soberano
en el profundo mar el pez alienta,
nos da la espiga el saboroso grano
y el fértil bosque su ramaje ostenta;
al mirar, pueblo impío, cómo tratas

al Hijo de su amor, que humilde implora,
no rompe las inmensas cataratas
para aplacar la sed que le devora?

SAYÓN 2.° Yo siempre me precié de ser humano;
para calmar, Jesús, tu sed ardiente,
la bebida te doy que tengo á mano.
(Coge una lanza, á cuya punta habrá una esponja, y la aplica á los labios de Jesús. Este vuelve la cara.)

SAYÓN 1.° Bebe, Rey poderoso; es excelente.

JESÚS. Padre y Señor, que le perdones quiero;
no saben lo que se hacen.
(Gestas, mal ladrón, agitándose en la cruz y mirando á Jesús con desprecio, dice:)

GESTAS. ¿Y es posible
que seas el Mesías verdadero
sin que nos salves del martirio horrible?
¡Profeta embaucador!

DIMAS. (Buen ladrón.) Calla, blasfemo,
criminal como yo, cual yo maldito;
Dios no te arrastra al lamentable extremo
en que te miras, no; fué tu delito.
Gestas, ambos á dos infames fuimos,
aquí espiar nuestra maldad debemos:
si en la cumbre del Gólgota morimos,
la muerte que nos dan, la merecemos.
Pero Jesús, en cuya pura frente
brilla del mártir la aureola santa,
¿por qué le han de matar, siendo inocente?
¿Por qué del hombre la crueldad es tanta?
Oye, Jesús; mi alma arrepentida
cree en tí, y en tí busca su consuelo;
tú eres mi Dios; al terminar mi vida,
por compasión, acógeme en tu cielo.

JESÚS. Dimas, la fe te salva. Dios sumiso
te abre las puertas ya del Paraíso.
(Los cuatro sayones habrán estado disputándose la túnica de Jesús y bajan riñendo hasta el proscenio.)

SAYÓN 1.° Digo que no la doy.

IDEM 2.° Pues yo la quiero.

IDEM 1.° Veremos quién la arranca de mis manos.

IDEM 3.° Yo de su cuerpo la quité primero.

IDEM 4.° Sola mía ha de ser.

IDEM 1.° ¡Atrás!

CENT. (Interponiéndose.) ¡Romanos,
cese vuestra pendencia, y retirados
jugárosla podéis!

SAYÓN 2.° Bien me parece.

SOLDADO 3.° Y á mí.

IDEM 4.° Y á mí.

IDEM 1.° Aquí tengo los dados;
sentémonos, y permitid que empiece.

(Los soldados se sientan en el suelo y empiezan á jugar. En este momento empieza á obscurecerse el cielo.)

ABDARÓN. Amigo Benjamín, ¿no te parece
que se apagan del sol los resplandores,
y que la tierra cruje y se estremece
bajo de nuestros pies?

BENJAMÍN. ¡Vanos temores!

(Sale Longinos guiado por un Fariseo, y aproximándose al Calvario, dice con voz atronadora:)

LONGINOS. Falso Profeta, si los mares domas;
si eres Dios como dice tu doctrina,
¿por qué sobre nosotros no desplomas
un rayo de tu cólera divina!

(Se oye un trueno lejano, y el cielo se obscurece más.)

JESÚS. Pues que cumplido está lo que has mandado,
recíbeme en tu cielo, Padre mío,
que en alas de un suspiro enamorado
mi virginal espíritu te envío.

(Jesús lanza una dulce mirada, y espira. El sol se oculta completamente: las torres de Jerusalén desaparecen como hundidas por el temblor de tierra. El teatro queda obscuro completamente, de modo que apenas se distingan las figuras. Estrepitosos truenos y relámpagos cruzan la escena. La luna aparece en mitad del cielo, teñida de rojo color de sangre. Para hacer más imponente esta escena, la música acompañará la tempestad.)

MARÍA. ¡Murió, Señor, recíbele en tu seno!

CAIFÁS. ¡La cólera de Dios nos amenaza!
¡A tierra! ¡A tierra!

(Todos caen en tierra. Longinos permanece de pie en medio de la muchedumbre, habla unas palabras al oído del que le acompaña, y lanzando una horrible carcajada, dice:)

LONGINOS. ¿Porque ruge el trueno
tembláis?... ¡Plaza á Longinos, plaza, plaza!

(Sube al Calvario, toma la lanza del Fariseo, que le acompaña, el cual habrá colocado la punta de ella sobre el corazón de Jesús, y dice:)

No esperes, no, Jesús, que el alma mía
tiemble, cual tiembla el populacho necio.
Yo me gozo en tu bárbara agonía,
y la prueba te doy de mi desprecio.

(Sacude una lanzada al costado de Jesús. La sangre que

brota de la herida cae en el rostro del ciego Longinos. Un rayo do sol, puro y radiante, alumbra la herida de Cristo. Longinos arroja lejos de sí la lanza, y llevándose las manos á los ojos, dice:)

¡Oh, Dios! La vista el manantial copioso
de su sangre me dió; ¡todo lo veo!
¡Perdón, perdón, perdón, Dios poderoso,
yo en tu infinita Providencia creo!
(Cae desplomado á los pies de Jesús.)

FIN DE LA JORNADA SEXTA

EPÍLOGO

La resurrección

PERSONAJES

JESÚS.	TOMÁS.
MAGDALENA.	TADEO.
MARÍA SALOMÉ.	SOLDADO 1.°
PEDRO.	SOLDADO 2.°
JUAN.	

APÓSTOLES, SOLDADOS

Bóvedas: en el centro un sepulcro de piedra.—Varios soldados dormidos alrededor.—El Soldado 1.° pasando con la lanza terciada al brazo.—El Soldado 2.° pensativo, apoyado en la lanza junto al sepulcro.

ESCENA PRIMERA

SOLDADOS 1.° y 2.°

SOLDADO 1.° Pensativo estás, soldado.
¿Duermes, centinela?
IDEM 2.° No.
IDEM 1.° Tan triste y meditabundo
te ví. ¿Qué pensar? Ya son
dos horas que estás lo mismo;
una estatua. ¿Hay mal humor?
IDEM 2.° No.
IDEM 1.° Tienes el rostro pálido;
alterada está tu voz.
¿Qué te pasa?

SOLDADO 2.° Nada.
IDEM 1.° ¿Nada?
Pues algo recelo yo.
¿Qué te sucede?
IDEM 2.° ¿A mí?
IDEM 1.° A tí.
¡Tú, demudado el color,
tú, pálido y ojeroso,
y en dos horas de facción
no echar una mala copla!
¿Es de soldados de pró
estar cazurro y mohino,
apoyado en su lanzón
sin chistar ni rebullirse
sin motivo? Voto al sol,
¿pues en cuartel ó en campaña
se ha visto más retozón
soldado que tú?
IDEM 2.° ¿Y qué quieres?
IDEM 1.° Quiero, pues tu amigo soy,
saber de tu propia boca
la causa de tu aflicción.
No lo niegues, que es en vano.
Vamos á ver: ¿Es amor?
IDEM 2.° No.
IDEM 1.° ¿Es riña?
IDEM 2.° Tampoco.
IDEM 1.° ¿Acaso
son celos? ¡Voto á Moloc!
IDEM 2.° Oye: si no fuera mengua
de la noble profesión
de soldado, te diría
que tengo miedo.
IDEM 1.° ¡Tú!
IDEM 2.° ¡Yo!
IDEM 1.° Si no fueras conocido
por fuertísimo valor,
si no fueras tú quien eres,
y no fuera yo quien soy,
te escupiría en la cara,
que la falta de valor
tanto es baldón el sentirla
como el decirla es baldón.
¿Tú miedo? No puede ser.
El que osado se arrojó
contra cinco, y á los cinco,
al uno del otro en pos,

les hizo morder el polvo
pidiendo á voces perdón,
¿cuándo aprendiste á temblar?

SOLDADO 2.° En la vida me faltó
el ánimo en las empresas
donde basta el corazón
y el brazo para lidiar.
Mándame el Emperador
el primero en el asalto,
el único en la facción;
mas luchar contra prodigios
no pueden los hombres, no.

IDEM 1.° O yo no te entiendo, ó bien
estás loco. ¿Cuáles son
esos prodigios que temes?
¿Quién nos amenaza hoy?
¿Pues más tranquilos podíamos
estar? Al cabo murió
el vanidoso Profeta,
causa de la agitación
de la plebe, y ni un sectario
de sus proyectos dejó.
Pero en fin ¿en qué se fundan
tus temores?

IDEM 2.° Mi terror
y abatimiento, el desmayo
que aflige mi corazón
tiene la causa muy próxima.
Atiende, solos los dos
velamos: aquel sepulcro
guarda el cuerpo del que dió
su sangre, según él dijo,
por la eterna redención.
Su ignomia y sus tormentos
el Gólgota presenció;
pero si hay un Dios solo,
y el muerto es Hijo de Dios,
¡ay de Roma y ay del mundo!
cubierto de luto el sol
va á marcar la hora suprema.
¿No tiemblas tú como yo?
¿No temes ver su gloriosa
y eterna Resurrección?

IDEM 1.° Basta, basta, pobre loco.
¿Quién tu mente trastornó?
Un miserable que sólo
supo inducir el error

á la vez del vulgo! Desecha
esa ruin superstición;
con ella ni á tí te vale,
ni sirves á tu señor;
y si halló entrada en tu pecho
el miedo, baja pasión,
cállalo, ignórenlo todos.

SOLDADO 2.° Así lo ignorara yo.
Escúchame, porque creo
que hallo alivio en mi dolor
comunicándolo. Observa
los hombres de la facción:
todos duermen.

IDEM 1.° En verdad
que hay que despertarlos.

IDEM 2.° No:
déjales dormir. ¿quién sabe
si es sueño ó es estupor
lo que sienten? Has notado
en sus ojos, en su voz,
señales no acostumbradas?
¿No sientes en tu interior
una novedad extraña,
una vaga desazón
que altera la paz del pecho,
una fuerza superior
á tu fuerza, que te arrastra
hacia allí, cuando veloz
(Señala el sepulcro.)
vas á acercarte al sepulcro?
¿No has sentido como yo
una fuerte repugnancia,
y después la admiración,
y luchar y estar dudando
entre aproximarte ó no?

IDEM 1.° Por Júpiter soberano
que calles; me da rubor
oirte.

IDEM 2.° Dime á lo menos...
que no sin fuerte razón
cedo al poder que me llena
de tristeza y de pavor...
dime tú sinceramente
si sientes alteración
en tu pecho.

IDEM 1.° A ser tan crédulo
como tú, temiera yo

verme temblar, contagiado
por tu insensato pavor.
Mas soy hombre y tengo alientos.

SOLDADO 2.° ¿A qué negar con la voz
lo que rostro y ademanes
demuestra? Si no te hirió
este terrible recelo;
si estás libre de aprensión...

IDEM 1.° Lo estoy.

IDEM 2.° Llégate al sepulcro.

IDEM 1.° ¿Para qué?

IDEM 2.° Porque tu ardor
me estimule, porque aliente
de nuevo mi corazón.

IDEM 1.° ¿No he de llegar?

IDEM 2.° ¿Pues qué esperas?

(Va á llegar y vacila un momento.)

IDEM 1.° (¿Qué es esto? ¡Ay de mí! ¿No soy
soldado? Estamos perdidos.

IDEM 2.° ¿Perdidos?

IDEM 1.° Sin remisión;
los sectarios del rebelde
para algún nuevo complot
con filtros ó con narcóticos
turbaron nuestra razón.
También fallece mi espíritu,
también siento el corazón
helado, y embarga y priva
mis sentidos el temor.
Es fuerza gritar al arma.

IDEM 2.° En vano será, si es Dios
quien nos abate.

IDEM 1.° (Llamando á los demás para que se despierten.)
¡Soldados!
¡Al arma! De hielo son.
Ayúdame... ¡Guardias! ¡Guardias!

IDEM 2.° ¡Guardias! Que la sedición
(Empiezan á levantarse algunos soldados.)
nos acecha. ¡Al arma! ¡Cómo!

IDEM 1.° ¿Cedéis al sueño? ¿No sois
soldados?

IDEM 2.° ¡Ay!

IDEM 1.° ¡Qué cobardes!
(También mi aliento y mi voz
me abandonan.)

(Se oye un ruido profundo que va creciendo hasta el momento de la Resurrección.)

SOLDADO 2.° (Todos, todos
exánimes.)
IDEM 1.° ¿Qué rumor?...
IDEM 2.° ¿Oís? Es la voz del trueno.
IDEM 1.° Soldado, es la voz de Dios.

(Se oye un trueno espantoso y un sacudimiento de tierra prolongado. Un rayo cae sobre la losa del sepulcro, que salta en pedazos, á cuyo tiempo todos los soldados caen, formando un grupo conveniente á la situación. Jesús se eleva entre nubes, y el sol ilumina el trozo que ocupa el sepulcro, dejando lo demás en completas tinieblas.)

Mutación.—Selva corta

ESCENA II

MAGDALENA, MARÍA SALOMÉ. (Salen por la izquierda.)

MAGDAL. Corramos diligentes,
corramos ¡oh María!
á anunciar á las gentes
que se cumplió la santa profecía.
De gozo el alma llena,
de un celeste placer extremecida,
apenas puedo con mi propia vida.
¿No lo sientes tú igual?
SALOMÉ. ¡Ay Magdalena!
¿Qué he de decirte? Rebosando gozo
late mi corazón apresurado,
al ver abandonado
el glorioso sepulcro que guardaban
los ángeles del cielo.
Y rendida en el suelo
la guardia, al ver la luz resplandeciente,
más que la luz del sol en el Oriente
que inundaba la tierra,
en éxtasis me viste
caer, mis voces consolando triste.
Y ahora en este instante
en que valor quisiera y anhelante
comunicar por todo el ancho mundo
la causa de este gozo tan profundo,
lágrimas de placer mi rostro riegan,
flaquean y se niegan
mis pies á sostenerme;

sostenme, hermana mía,
desfallecer me siento de alegría.

MAGDAL. Alienta, en mí descansa,
y recobrado el brío,
tu labio anunciará y el labio mío
al asombrado pueblo la gloriosa
Resurrección. No quieras se retarde
tan fausto instante, hermana.

ESCENA III

DICHAS, JESÚS, vestido de peregrino

JESUS. Dios os guarde.

MAGDAL. ¡Oh Maestro! (Se arrodilla á sus pies.)

SALOMÉ. ¡Oh! ¡Señor! (Idem.)

MAGDAL. Tus pies sagrados
por el agudo hierro traspasados
¡oh sacrílego agravio!
deja que bese con mi indigno labio,

JESÚS. Alzad.

MAGDAL. Santo temor mi pecho encierra.
Deja que te adoremos
besando el polvo humilde de la tierra.

JESÚS. Alzad. Bien haya vuestra fe sencilla,
porque el Señor ensalza al que se humilla.
No os conturbe el temor, partid seguras;
lo que visteis decid á las criaturas.
Decid á mis hermanos
que el que verme desea
tiene que hacer camino á Galilea.
(JESUS se dirige hacia la izquierda.—Ellas le siguen.—
Él las detiene.)
No me sigáis. Errante viajero
solo debo partir; Dios lo ha mandado,
y obedecerle quiero. (Vase.)

MAGDAL. Corramos, sí, y en la ciudad vecina
con labio enamorado
publiquemos la nueva peregrina. (Vanse.)

Mutación.—Casa pobre

Un hogar á la izquierda en último término, donde estarán calentándose algunos Apóstoles.

ESCENA IV

PEDRO, JUAN, TADEO (Al proscenio.)

TADEO. Mucho tarda el buen Tomás.
PEDRO. Si por desgracia ese pueblo
que nos persigue cruel,
le descubrió; mucho temo
por su vida.
JUAN. Dios, que siempre
velando está por los buenos,
y del cual todos llevamos
la imagen viva en el pecho,
nos ampare del enojo
de esos judíos perversos.
PEDRO. En cuanto sepa Tomás
que Jesús, nuestro Maestro,
abandonando el sepulcro
resucitó entre los muertos;
cuando le revele el labio
que nuestros ojos le vieron,
que sus divinas palabras,
manantiales del consuelo,
oímos, ¡cuánto su gozo,
cuánto será su contento!
(Llaman á la puerta.)
¿Será él? (Abren.)

ESCENA V

DICHOS, TOMÁS, que entra distraído y cabizbajo

TOMÁS. Salud, hermanos.
PEDRO. Tomás, en tu rostro advierto...
Tal vez los judíos...
TOMÁS. Sí,
que implacables y sangrientos
nos buscan por todas partes,
y, ¡ay de nosotros! buen Pedro,
si nos descubren.
PEDRO. No temas;
caritativo es el dueño

de esta casa, y nos ofrece
con franca amistad su techo.
Y después, ¿qué nos importa
que el populacho soberbio
nos acose, si Jesús,
nuestro Dios, nuestro Maestro,
abandonando su tumba
volvió al mundo á protegernos?

TOMÁS. Amigos, vana esperanza.
Jesús murió. Yo no creo
en esa resurrección
que decís; yo ví su cuerpo
exánime en el sepulcro.

PEDRO. Mis ojos la tumba vieron
vacía.

JUAN. Prueba patente
en Magdalena tenemos.

TADEO. Ella le habló.

TOMÁS. Pues, amigos,
sí yo no introduzco el dedo
en sus heridas, si no oigo
de su voz el dulce acento,
os confieso con el alma
que lo que decís no creo.

(JESUS aparece á la puerta vestido de peregrino. Todos le miran con asombro.)

ESCENA VI

DICHOS, JESÚS

JESUS. De Dios sea con vosotros
la paz. Soy un viajero
que á la ciudad me dirijo;
mas la inclemencia del cielo
y la tempestad me obligan
á pedir alojamiento.
Díganme si aquí esperar
que cese la lluvia puedo.

PEDRO. La casa es vuestra, buen hombre.

JUAN. ¿No habéis oído su acento?

TADEO. Del de Jesús es la copia.

PEDRO. ¿Será verdad?... ¡Oh Maestro!
(Arrodillándose todos.)
¿Será verdad que otra vez
la dulce ventura tengo

de encontrarte? ¡Oh! deja, deja
que á tus plantas...

JESUS. Alza, Pedro.
El que dices soy.

TODOS. ¡Oh dicha!

TOMÁS. Señor, Señor...

JESUS. (Señalando á Tomás.)
Por tí vengo.
Dame la mano, Tomás,
y en la herida de mi pecho
introdúcela.

TOMÁS. Perdón;
te creo, Señor, te creo,
y humildemente á tus pies
de mis dudas me arrepiento.

JESUS. ¡Tomás, crees porque has visto,
que antes labios te dijeron
verdades que puso en duda
la poca fe de tu pecho!
Bienaventurados los
que no vieron y creyeron.
Ahora la paz del Señor
entre vosotros os dejo.

PEDRO. ¿Os vais, mi Jesús?

JUAN. Señor,
¿en dónde podremos veros?

JESUS. En el monte de Bethania
os daré el adiós postrero.
Mas no temáis, que muy pronto
en la gloria os daré asiento.
(Desaparece.)

PEDRO. ¡Oh! ya la turba insensata
que nos persigue, no temo.
Jesús vive; su doctrina
por el mundo prediquemos.
Vamos, vamos á Bethania
á darle el adiós postrero.
(Vanse todos.)

Mutación.—Cercanías de la ciudad de Bethania.
Rompimiento de colinas

ESCENA VII

Al fondo, sobre un montecillo, aparece JESUS. Los once APÓSTOLES colocados convenientemente por la escena

PEDRO. En el trance cruel de tu partida,
al darte la postrera despedida,
concédame tu mano
tu santa bendición.

JESUS. Recibe, hermano,
recibid, mis amigos,
la bendición de Dios.

JUAN. Los que testigos
de tu excelsa virtud y tus grandezas
quedamos en aquestas asperezas,
expuestos de los males á las iras,
cuando pensamos en que tú nos miras
desde el eterno cielo,
obraremos, Señor, sin más anhelo
que el de imitar tu ejemplo;
en cada corazón tendrás un templo.
Tu nombre será el bálsamo suave
que en placer nos convierta un dolor grave,
y el alma á tus secretos sometida
conservará sin mancha su pureza
hasta el último trance de la vida.

JESUS. Y yo en verdad os digo
que así será; y el que ame á su enemigo,
y el que crea y espere y obre justo,
y sea para Dios manso y humilde,
y sea en sus dolores siempre fuerte,
ese tendrá segura
gloriosa vida tras gloriosa muerte.
El mundo recorred; de Dios en nombre
el Evangelio enseñaréis al hombre;
el que creyere y fuere bautizado,
á la diestra del Dios omnipotente
se mirará sentado.
Mas infeliz de aquel que no creyere
nuestra santa doctrina; desechado
por Dios, jamás espere
su clemencia divina.

TOMÁS. Señor, desde la altura

nuestras obras verás y pensamientos;
para tí no hay recóndita clausura
ni oculto apartamiento.
Tu palabra divina
confortando, Señor, los corazones,
verásnos discurrir por las naciones
proclamando tu gloria y tu doctrina.
Tu gracia nos alienta,
la caridad inflama nuestro pecho,
la antorcha de la fe lo alumbra todo;
no habrá camino estrecho,
ni desviada senda ni recodo
cerrado á nuestra planta,
y cruzaremos con afán profundo
por los remotos ámbitos del mundo.
Y en cuanto el sol á iluminar alcanza
sembraremos semilla de esperanza
que aliente á los mortales
á seguir tus caminos celestiales.

PEDRO. Sí, Maestro y Señor, y cuando un día
devueltos á tu santa compañía
ante tu Padre Eterno Dios postrados
en pro de pecadores desdichados
alcemos nuestra voz, tu voz amante
acogerá la súplica al instante,
y Dios con su mirar de ojos serenos
hará gracia á los malos por los buenos.

JESÚS. Mi Eterno Padre que en el cielo habita,
cuya santa piedad es infinita,
ama á aquel que bendice sus dolores
y le pide perdón por sus autores.

JUAN. Tu palabra sagrada
será de tus discípulos amada.

JESÚS. Llegado el tiempo es ya de mi partida.

PEDRO. Los que aspiramos á la eterna vida
no seremos jamás de tí apartados;
ya con eternos vínculos ligados
á tí nuestros espíritus, sabemos
que á tu lado, Señor, siempre estaremos.
En tu divina faz puestos los ojos,
en tu eterno querer los corazones,
la esperanza en tu gloria,
la salud en tus santas bendiciones,
en tí vivimos; si el mundano suelo
entre el hombre tendido y entre el cielo
aparenta distancias, finge ausencias,
al alma no le oculta lo infinito,

el alma te verá, y el alma vive
en cuanto lo infinito se concibe.
Ella vivirá en tí, y esta ventura
concedida á la frágil criatura
que por tí rescatada fué á los hombres,
recorrerá desiertos y anchos mares,
se cantará de Dios en los altares,
y esparcida por valles y montañas,
á las regiones bárbaras, extrañas,
inundará de gozo á la ancha tierra,
suspenderá á los héroes en la guerra,
y enalteciendo el pensamiento humano,
libertará á los hombres del tirano
yugo de los sentidos,
y al fin por tu palabra redimidos
trocará su existencia miserable
por la vida del cielo perdurable.

JESÚS. Así lo quiera Dios: poned, hermanos,
intentos y palabras en sus manos
y en su gracia quedad. Llegó la hora.
Voy á mi Padre que en el cielo mora;
cual gota de rocío
sobre vosotros vierte el labio mío
su santa bendición omnipotente:
de su trono esplendente
vió mi fe, mi dolor y mi fatiga,
y ora á su diestra á descansar me llama
su dulce voz amiga;
hermanos, el que me ame que me siga.

(Jesús se eleva. Los Apóstoles se arrodillan: bajan nubes: transformación de gloria, en donde aparece la Santísima Trinidad.—Cae el telón.

FIN DEL DRAMA

PUNTOS DE VENTA

En Madrid, librerías de los Sres. Hijos de D. José Cuesta, D. Antonio San Martín, D. Fernando Fe; y en Provincias, en las principales.

Los pedidos por mayor á casa del Editor, calle de Columela, núm. 17, primero.

Madrid.—Estab. tipográfico de los Sucesores de Cuesta, Cava-alta, 5.